

FIVE  
YEARS  
HOMENAJE  
A  
LUIS  
ALBERTO  
ARELLANO

**GRAFÓGRAFXS**

**Five  
Years  
Homenaje  
a  
Luis  
Alberto  
Arellano**

**Edición Mauricio Pérez Sánchez  
y Sergio Ernesto Ríos**

**Presentación Sergio Ernesto Ríos**

# ÍNDICE

5	PRESENTACIÓN Sergio Ernesto Ríos	42	DEL ORDEN PRECARIO Y LA VIOLENCIA MASIFICADA
7	ESCRITO CON CENIZA	46	BIG DADDY SE DESPIDE SIN PEGARLE A LA PELOTA Luis Alberto Arellano
9	ESCRITO EN EL AIRE Luis Alberto Arellano	54	TERRORISTA CULTURAL Hugo Cervantes
12	A NOMBRE DE LA SOCIEDAD EXTRATERRESTRE QUE PERDIÓ A SU PSICÓLOGO Sergio Ernesto Ríos	59	ALICE COOPER, ZOMBIS Y LUIS ALBERTO ARELLANO Rocío G. Benítez
17	CONVERSACIÓN ENTRE SEÑALES VARIAS Maricela Guerrero	63	LUIS ALBERTO ARELLANO: NO HOMENAJE Antonio Tamez
27	<i>HE WAS CASSIUS CLAY!</i> Omar Pimienta	70	SOMOS TANTOS BEBEMOS TANTO OLVIDAMOS TANTO Rafael Volta
30	EFEECTO NOCTURNO Luis Alberto Arellano	78	DOS POEMAS Luis Enrique Gutiérrez Ortiz Monasterio
32	PRÓLOGO A LA EDICIÓN MEXICANA DE <i>BONZO</i> Ángel Ortuño	82	MENSAJERO DEL MENSAJERO Anaité Ancira
38	UN TALLER: TÍTULO Anaclara Muro	87	DE UN MENSAJERO A OTRO Luis Alberto Arellano

## PRESENTACIÓN

Los 5 años con mayor nostalgia. Y el deseo de una máquina del tiempo.

Encontrarán en las páginas siguientes, y en las actividades de *Grafógrafxs* de los meses de noviembre y diciembre un homenaje necesario. Las efemérides del 21 de noviembre, fecha de nacimiento, y el 15 de diciembre, muerte. Para resaltar el lugar de Luis Alberto Arellano (1976-2016) en la literatura mexicana. Un clásico joven. Debemos este interés a sus amigxs, Maricela Guerrero y Efraín Velasco Sosa, que forman parte del consejo consultivo y comité editorial de la revista. Agradecemos a Minerva Reynosa la gestión con algunos autores, su ánimo de coordinar otras publicaciones y espacios para darle eco a este homenaje.

Mi agradecimiento y cariño a Juan Adolfo Arellano por toda su generosidad blindada al tiempo/espacio. A Anaclara Muro, Ángel Ortuño, Yara Patiño, Anaité Ancira, Hugo Cervantes, Omar Pimienta, Rocío G. Benítez, Antonio Tamez, LEGOM y Xitlalitl Rodríguez Mendoza. A Emmanuel que algo entreverá de nuestros afectos cursísimos de tantos viernes de poetas.

Debajo de esa capa bélica que la gente destaca en Luis Alberto Arellano hay algo menos que confrontación e impaciencia. Era más un gusto por reflexionar y sopesar el poema como objeto de arte, lleno de preguntas a la realidad, su configuración y alcances. Como lenguaje capaz de devolver una radicalidad o negación nunca fortuita. Fue colateral arruinar la fiesta al circuito cultural,

al pesado *deber ser* del artista como ente municipal distintivamente colorido, con la advertencia decorativa de los alebrijes. El poema abriéndose camino entre la complacencia oscura de los domineados escritores y artistas inofensivos, entre la belleza de los sitios del poder, entre los coros lisonjeros de los festivales y las ferias donde la cultura es el abracadabra de los productos de moda, de los estables, de los modernos, de los bellos, de los condenados a la estética del giro al mismo lugar, todos los cambios para que nada cambie. Por eso el poema amorfo, dramático, exagerado, burlón, indistinto del ensayo, del relato que nunca se cumple, de la carta alucinada, borroneada en la vigilia donde pesa más el mundo y lo que nunca habrá de resolverse. Qué fácil transitaba esos linderos, Luis Alberto, el poema, el ensayo, el jugar, el hacer, el pensar. Ser libre y poner a la vista los dones frente al mundo obsoleto, ¿qué otra cosa es el arte? El nado de a muertito a la otro orilla, engañar a la muerte, engañar a la realidad, salir vivo. Cuántas pistas en la obra de Luis Alberto a ese escamoteo de la muerte, no el zombie zahorí de sus poemas, más bien el zombie epicentro de la devastación de la década pasada: el desempleo, las mil chambitas, las escrituritas, los tallercitos, el gran páramo afuera de las becas de posgrado, la salud entre alfileres. ¿El zombie como signo de interrogación para preguntarse en dónde acaba el tiempo? Y pregunta Luis Alberto: “¿Cuál es la práctica más radical en el poema actual? La creación de un sentido opaco frente al mundo”.

Firmo con sus palabras que pasemos a la sombra.

**Sergio Ernesto Ríos**

## Escrito con ceniza

Luis Alberto Arellano

El hombre que duerme hace dos años  
en el parque frente a mi casa  
me ha dicho que mis poemas  
le transmiten mensajes cifrados  
desde un planeta más allá  
de Alfa Centauro.

Me ha pedido que pare  
que detenga mis ganas de joder  
y que ya nada le diga de los genios  
que habitarán la Tierra dentro de mil años.

Que me guarde las coordenadas precisas  
de la abducción  
y otras minucias siderales que a nadie convienen.

Que no le recuerde lo que ha visto con horror  
con ganas de volver las entrañas.

Que me calle  
que no escriba  
que no dé la razón a los ángeles  
de tristes alas que le recitan el Código Civil  
en vocales muy cortas todas las tardes.

Yo lo miro y tiemblo de pies a cabeza  
como un pez fuera del agua  
que empieza a boquear con resistencia  
y se deja ir lentamente  
hacia la muerte.

Le he dicho que sí  
que nunca más  
que esto no puede seguir  
que también a mí me resulta insoportable.

Así que estas líneas  
no tienen ningún mensaje oculto  
ni nada que se le parezca  
aunque haya quien/lleño de esperanza/afirme lo contrario.

**LUIS ALBERTO ARELLANO** (Querétaro, 1976-2016). Entre sus libros publicados se encuentran *Erradumbre* (Mantis, 2003), *De pájaros raíces el deseo* (Écrits des Forges/Mantis 2006), *Plexo* (FETA, 2011), *Bonzo* (Ediciones El Quirófano, 2012) y *Grandes atletas negros* (Luzzeta, 2014). Algunos de sus poemas y ensayos han sido traducidos al catalán, árabe, inglés, alemán, portugués y francés. Tradujo *Todo alrededor de lo que se vacía*, de Linh Dinh, y *Una probada de miel*, de Bob Flanagan y David Trinidad.

## Escrito en el aire

Luis Alberto Arellano

*Suscribo sílaba por sílaba* Jealous Guy  
de John Lennon (*Shaved Fish*, EMI, 1978)

### I

Cuando nos encontramos  
estaba enloquecido en pos de máquinas  
adivinatorias:

las líneas de la mano, los naipes,  
el cielo y sus luces nocturnas,  
las líneas de los libros,  
las entrañas de las bestias,  
el agua, las piedras,  
el fuego, las piedras,  
el iris, las piedras,  
los caracoles y los espejos.

El universo era legible  
y todo lo que se necesitaba  
era un sistema.  
Tú venías de todo consumida  
y sabías que la fiebre en mis ojos era  
producto de otras manos, que se curaba con tus manos.  
Y tal como era tu condición de luciérnaga

apagaste mi sed en tu intermitencia.  
Abandoné el futuro porque estaba en tus ojos.  
Ya nada sabía de los astros y su condición de profetas.  
Supongo que las bestias sacrificadas para este fin eran varias:  
bovino, porcino,  
palomas, cabras.  
Se encuentra en un antiguo escudo etrusco  
el orden de lectura: primero el hígado (importante saberlo),  
después el bazo y se finaliza con la vejiga.  
Nada legible viene del mar.  
Y, lo sabemos, los peces no viven fuera del agua.  
Con la sed que te ahoga  
me pides volver el rostro a otra figura.  
También se lee el prodigio en las aves,  
en las monedas, en cabezas enterradas en la arena.  
De las aves, su vuelo y su canto.  
De las monedas, su ardor  
y la cantidad de oro en su aleación.  
De la arena y los hombres acéfalos,  
entiendo que únicamente estas palabras de despedida.

## II

Ve conmigo a la librería  
dije en un respiro del taller donde  
nos encontramos.  
Considera que traigo tacones altos  
y que camino lento  
respondiste.  
Charlamos las seis calles  
hasta el local, sin prisas.

Lo que yo buscaba no había llegado.  
Hay que leer a Raymond Bloch.  
(Bloch, Raymond; *La adivinación  
en la edad antigua*, FCE, México: 1985)

Y tomando el libro pagaste  
mirándome a los ojos.  
A pesar de la erudita información  
sobre cómo leer las señales de los cielos  
(y Bloch hizo todo a su alcance)  
o en lo oscuro de los vientres animales,  
los tacones altos y aquello que buscaba  
entre libros  
escaparon por la puerta principal de mi casa.  
Volví a la librería.  
El libro buscado sigue perdido.  
Ya no leo el futuro en los espejos,  
ni en el agua, ni en los nidos de los pájaros.  
Te recuerdo descalza  
en el centro luminoso del mundo.

## A nombre de la sociedad extraterrestre que perdió a su psicólogo

Sergio Ernesto Ríos

*Como cuando vivías  
cantarás.  
Aunque no vuelvas.*  
LUCHO HERNÁNDEZ

Que era un punk frustrado a bordo de un bajo eléctrico, temiblemente improvisado, en una de esas adolescencias aceradas de los años noventa, me contó Luis Alberto. ¿Quién no lo era?, le dije, de vuelta a otras madrugadas, a otras ebriedades, a otros dones del cielo.

Hoy pasé toda la tarde oyendo en mi cabeza una canción de Garamona que habla de una “pandilla punk exterminada”. Y el azar presente en mi ejemplar del abuelito del Spotify, que llamábamos IPod, toca ahora todos mis archivos mp3 de Jaco Pastorius, apodado el primer jazzista punk. Sobre Pastorius fantaseo con ese robo caribeño, engalanadamente africano, que desde su radio de onda corta lo hechizaba cada noche sin distinción entre su Miami y Cuba. Disculpen la divagación, trataré de recomponer el comienzo.

Luis Alberto también era un ser híbrido, el último de los poetas Napster, el último de los poetas *gamers*, el primer poeta iPhone, pantallas electrónicas antes que bosques, el azote de los

caciquitos culturales y funcionarios queretanos,<sup>1</sup> un diccionario de retórica andante, José Gorostiza + Bob Flanagan, López Velarde + Linh Dinh, Rafael Lozano + Gerardo Arana. Lo conocí muy joven, cuando era psicólogo<sup>2</sup> y aprendiz de brujo del Siglo de Oro.<sup>3</sup> Devoto gongorino y devoto gonzalorrojístico, sus primeros libros tienen ese derroche de música venido del esdrújulo y que vienen y van, y son bienvenidos, lúbricos, apasionados, vigorosos poemas de amor y también muy tristes poemas de desamor. Un típico escorpión: “Hay días, amor, yo no entiendo: / somos tan poca carne, / y es nuestro tan poco cielo”. Esos versos de Luis Alberto Arellano atesoraba en su biblioteca Guillermo Fernández, transcritos en un papelito blanco.

Para mí, el ciclo más poderoso de la poesía de Luis Alberto Arellano empieza con *Plexo*. Esas provocaciones a los locos, los ovnis y las madrugadas son el signo benigno del que desea borrar del mapa ese bajío mostrenco y panistoide: nada de maitines, sembremos zombis. Y lo borró desde la ficción, desde la segunda naturaleza que es el poema, pero lo borró, sobre todo, en la vida real.<sup>4</sup> Luego

1 Recuerdo una noche nebulosa de 2008 o 2009 en la que cantamos, en un karaoke, a dúo, para terror de sus enemigos presentes “El jefe de jefes” de Los Tigres del Norte.

2 Un largo tiempo puso como profesión en sus redes sociales: psicólogo de extraterrestres. Seguro era por nosotros, sus amigos.

3 Lo conocí en un curso de los Siglos de Oro que impartía David Huerta, en 2001. Mi acendrada misantropía de los veinte años y su precoz (feroz) profesorado so-gemista nos hicieron obviar siempre ese primer encuentro. Y asumimos que nos conocimos hasta 2007 con *The Clash* y *Joy Division* de fondo, *whiskys*, *dealers*, charlas de favelas, licuados de aguacate dulce y peluquerías que frecuentaba en São Paulo.

4 Corran a leer su ensayo aunque aparezca en un chanchilibro llamado *Escribir poesía en México*. Protegió a periodistas en su casa, enfrentó a gobernadores y en todas las tribunas y páginas la barbarie sexenal de FECAL.

vienen *Bonzo* y *Grandes atletas negros*. Libros de arrebatos, libros de interminables enumeraciones, catálogos de reinos perdidos, infectados por la metáfora del vacío proto-millennial que encarna el zombi, el zombi omnipresente de sus amados videojuegos, el zombi rey de las carteleras y amo de siete temporadas de seriales; somos los muertos vivos, Zombi Trump, Zombi Peña Nieto, arúspices del zombi, oficiantes de la jerigonza, *wikipedias* pavorosas, buscadores de Google que cada día se alegran con una efeméride ociosa, vida *online*, vida con todas las rayitas del *wifi*, vida *like*, vida llena de seguidores, vida a ciento cuarenta caracteres, vida en tiempo real, vida en vivo. Esa es la elegía que escuché y entendí muchos años después —frente al pelotón de fusilamiento de la poesía mexicana— en sus últimos poemas. Un tránsito a la saturación, borrarse ahí, botadero de otro siglo, sobredosis, *blur* irrespirable. Una incompleta obra completa. Una obra completa pactada en el infuturo de la muerte.

Un primer ciclo lo componen *Nómina de huesos*, *La doctrina del fuego*, *Erradumbre* y *De pájaros raíces el deseo*, libros enclavados en una estandarizada estética dosmilera mexicana. Casi un manual para ser un perfecto Paul Celan, José Ángel Valente o Jorge Fernández Granados. La búsqueda de una raíz mítica, bíblica, castellana, pura y de silencios singulares, solemne y ensimismada en el canto, la fugacidad, el deseo y el prestigio poético de ciertas palabras: ceniza, fuego, lluvia. Todo afincado en el territorio del erotismo, eso contrasta el plúmbago de las entelequias con una bella y necesaria educación de los cinco sentidos. Hacia el final del libro *De pájaros raíces el deseo*, entre un boscoso homenaje a Gonzalo Rojas —erótico, clásico, exudante— aparece un nuevo registro; ahí, el poema “A little less conversation, little more action, babe” es el anuncio de sus siguientes libros, una música improvisada, la ironía frente al mundo que se cuele con su paranoia, con

su pop, sobredosis residual de internet. Cree en el ruido, cambia el trazo por la gestualidad de la mancha y la saturación. No hay vuelta a la torre abolida, el poema deviene *spam*, deviene una enumeración de malestares en el pináculo de lo irracional.

*Plexo* es la celebración de un universo desorbitado, señales al pasado y al futuro, en los contornos de una plenitud: vida y muerte, amor y recuerdo, locura y enunciación, desamparo y humor. Comienza una reflexión que se enlaza de la literatura al mundo del arte, comienza un tráfico liberador, ensaya una retórica de sumas repetitivas que abundan en el vacío.

*Bonzo* es mi libro favorito, el gesto es el de un suicida y poseso, como lo indica el título. Abandona una personalidad para asumirse la indigestión del mundo, un trance, el andamio que a cada nueva altura amenaza con tambalearse. Mucho debe esa liberación a su oficio como traductor de Linh Dinh, Juliana Spahr y Bob Flanagan. Pero hay especialmente una autoagresión, olvidar la apacible dicción de sus libros anteriores, desmontar el reloj y armar con él una bomba. El país no estaba para menos, quién podría asegurar que la vocación agresiva de los poemas no era otra que la repulsa de los años terribles (que siguen igual de terribles) de la Guerra contra el Narco. Montó *Arenas movedizas y la palabra ángel* de forma performática en Berlín. La desolación vestida de Caracortada. En ese sentido, *Grandes atletas negros* es un instructivo de piezas breves para jugar a ser civilizado, ancladas en el sinsentido, para disolver la lógica, martillos de emergencia para salvarse de este accidente a pique llamado mundo. Justamente “A martillazos puede saberse lo que sea” es uno de sus poemas no poemas más logrados, en la oscura porción en la que ya no se puede decir nada, se puede decir lo que no puede decirse. Pura claridad. Iluminación.

Los últimos dos libros de Luis Alberto corren en sentidos opuestos: *Destino manifesto*, publicado en 2016, sigue con esa

veta de *Bonzo*; en cambio *Contranatura*, de 2015, sigue la línea más clásica de sus primeros libros. *Contranatura* es un bestiario y es un divertimento, a medio camino entre la erudición y la charlatanería. ¿Hay cumbre más alta para un poeta? La hechura es exquisita, la precisión, el ritmo. Referencias pías, umbrosas afirmaciones con las que el cronista sabe pender de rama en rama al desocupado lector.

SERGIO ERNESTO RÍOS (Toluca, 1981). Es director de *Grafógrafxs*, revista de literatura de la Universidad Autónoma del Estado de México, y secretario del Centro Toluqueño de Escritores. Publicó *Larga oda a la salvación de Osvaldo* (UANL, 2019), en coautoría con Minerva Reynosa; *El ganador del primer premio del centro de estudios interplanetarios* (Periferia de escritores forasteros, 2019); *máquina portadora de cabezas* (edición digital, 2018); *Quiquiera que seas* (FOEM, 2015); *Brazuca* (Palacio de la fatalidad, 2015); *Obras cumbres* (Bongobooks, 2014); *La czarigüeya escribe* (Editorial Analfabeta, 2014), en coautoría con Diana Garza Islas; *Muerte del dandysmo a quemarropa* (UANL, 2012), y *Mi nombre de guerra es Albión* (Fondo Editorial Tierra Adentro, 2010). Tradujo del portugués *copia\_de\_seguridad\_3.1* (*Grafógrafxs*, 2021), de Érica Zíngano; *Una confesión en la boca de la noche*, de Danilo Bueno (*Grafógrafxs*, 2021); *Boa sorte, 7 poetas brasileñas* (*Grafógrafxs*, 2020); *Bruno Brum a ritmo de aventura*, de Bruno Brum (Palacio de la fatalidad, 2017); *Droguería de éter y de sombra*, de Luís Aranha (Palacio de la Fatalidad, 2014); *Oda a Fernando Pessoa* (Palacio de la Fatalidad, 2017), *Paranoia* (Palacio de la Fatalidad, 2013) y *Voy a moler tu cerebro* (Red de los poetas salvajes, 2010), de Roberto Piva; y la antología de poetas brasileños nacidos en los ochenta *Escuela Brasileña de Antropofagia* (Kodama Cartonera, 2011). Tradujo del inglés, con Diana Garza Islas, *Una noche, senté a Donald J. Trump en mis rodillas/Y otras teorías estéticas del siglo XXI* (Oficina Perambulante y Palacio de la Fatalidad, 2017), a partir de un ejercicio de Chris Rodley.

## Conversación entre señales varias

Maricela Guerrero

*En la primera línea de mis intereses se encuentra una necesidad por la acción política como derivado de la acción poética*

LUIS ALBERTO ARELLANO

### Podemos leer señales

El 21 de febrero de 2017 se realizó un acto simbólico, en un lugar simbólico: el Museo Nacional de Antropología de la Ciudad de México. El evento, sumamente necesario, ha irrumpido en nuestra sórdida realidad para recordarnos que la dignidad debe ser costumbre y no un hecho aislado. El Estado mexicano, representado por la PGR, se disculpó públicamente con tres mujeres hñähñú, Teresa González, Alberta Alcántar y Jacinta Francisco Marcial, a quienes encarcelaron por delitos fabricados en 2006, en un proceso lleno de aberraciones, como el hecho de que las mujeres no contasen con traducción durante su detención y proceso. Tres mujeres indígenas en un tianguis fueron acusadas de lo siguiente:

de haber secuestrado a 22 agentes federales durante un decomiso de piratería en Santiago Mexquititlán. También fueron juzgadas por tráfico de drogas porque un agente, que fue dado de baja de la corporación por dar positivo en el *antidoping*, asegura haberlas visto guardar cocaína en un puesto de raspados.\*

\* Arellano, Luis Alberto, "Cuerpos dolientes y poesía", *Escribir poesía en México*, Bonobos, México, 2010.

Después de casi cuatro años fueron liberadas. Después de más de once años por fin el Estado fue obligado por un tribunal nacional a disculparse públicamente por la criminalización que ejerció contra estas tres mujeres.

Luis Alberto Arellano documentó el hecho en el ensayo citado, junto con otros hechos acaecidos en su estado natal, junto a su trabajo como tallerista en el reclusorio a las afueras de la ciudad de Querétaro. Estos actos eran el marco para exponer su concepción de lo que un poema puede ser en un país como México. En ese ensayo, Arellano expone una postura que no concebía el poema ajeno al estado de las cosas, ahí explica la forma en que concibe el ambiente o ecosistema en el que su poética se desarrolla, en el que la escritura de los poemas es posible:

Creo que los funcionarios públicos involucrados en los casos comentados creen que la razón de Estado es superior a la seguridad del individuo. También sé que no existe un nosotros y un ellos tan radical como sus acciones parecen delimitar. Y entonces escribo poemas, porque no tengo certezas y porque las acciones en el mundo me llevan a preguntarme más cosas de las que resuelven. Porque mi discurso es inestable, mi práctica poética también lo es. (p. 21)

Inestabilidad como cualidad de una poética en la que habría más preguntas que respuestas es una práctica contingente del poema contemporáneo, que proviene de una vocación crítica; toda vez que el discurso trascendentalista, fincado en la jerarquización, se ha desmoronado, al poner sobre la mesa la conflictiva relación acción-persona-lenguaje-mundo conocido; es decir, considerar que el lenguaje, lo profiera o no, tendrá siempre una postura política. En esos términos la obra de Luis Alberto es sumamente audaz, pues atento a todas las condiciones contextuales e históricas pretendía un lenguaje poético que diera con una conversación que

permitiera vislumbrar y dar cuenta del caos, la emergencia y la comunidad mediante sucesivas y consistentes acciones poéticas, abiertamente políticas.

En ese sentido, en la poética arellaniana es conveniente atender a las señales varias que se presentan en nodos enmarañados de lo personal, lo político, lo público y lo privado, lo común y lo individual y las diversas posibilidades del mundo conocido en que habitan, así como a las más infinitas posibilidades del mundo por conocer que la práctica poética provoca al pensar en comunidad. Muy al final del ensayo, Arellano explica:

Más recientemente, un par de años a la fecha, empecé a cuestionar todo lo que la estética trascendental me había enseñado. Como tantos otros, he sido tomado por una poética más inestable que enseñe las marcas del proceso y de la persona que participa en él. Estoy en una búsqueda que privilegia el error como un logro. Mi interés está ahora en una práctica que incluye soportes no convencionales, como la animación, el performance, la instalación y una radicalidad en el lenguaje posible para el poema. En ese contexto, mis intereses sociales han podido ser integrados a mi práctica poética. (p. 23)

### *El punto de arribo: otra lengua*

*Plexo*, de Luis Alberto Arellano, fue editado por el Fondo Editorial Tierra Adentro en 2011. En él hay una diversidad de temas que van de la muerte en un mundo capitalista al cuestionamiento de *UFO is art*; y en medio, el amor como una posibilidad de leer el universo, hasta que se descubre lo contrario: la ilegibilidad. Lo que se busca es, desde diversos modos, llegar a una lengua que dé cuenta de algo. ¿De qué? De lo que intuimos, quizá del amor o de las otras múltiples obsesiones, de las búsquedas, de las ganas de saber algo; explorar lo desconocido, en un intrincado sistema

donde lo que se hace, se piensa y se es están en constante estira y afloja entre lo público y lo privado.

Pero, ¿qué amor?, ¿de qué estamos hablando?, ¿qué se pretende cuando se habla de amor en un mundo que todo lo devora y lo digiere y lo transforma en una canción pop o en una película romántica?

Un poema en dos partes con una canción de fondo, “Escrito en el aire”, del que la primera anotación dice: “Suscribo sílaba por sílaba *Jealous Guy* de John Lennon”. El amor se presenta en este poema como una búsqueda, la búsqueda de un lenguaje en el universo infinito, conocer entre señales varias a una persona, señales varias que provienen de las diversas naturalezas de la materia: el aire; al margen de los libros editados con el tema de los métodos de adivinación Bloch Raymond, *La adivinación en la edad antigua*, FCE, México, 1985.

Un poema donde la búsqueda del amor parece legible, metódica, hasta que no, hasta que sólo queda como una imagen diluyéndose. Donde parece que no es posible que el amor trascienda al mercado ni a las condiciones de un sistema económico donde todo lo sólido se desvanece en el aire, ¿en qué mundo el amor es posible?, ¿de qué manera la obsesión es la búsqueda del sistema?

## I

Cuando nos encontramos  
estaba enloquecido en pos de máquinas  
adivinatorias:  
Las líneas de la mano, los naipes,  
el cielo y sus luces nocturnas,  
las líneas de los libros,  
las entrañas de las bestias,  
el agua, las piedras,  
el fuego, las piedras,  
el iris, las piedras,  
los caracoles y los espejos.

El universo era legible  
y todo lo que se necesitaba era un sistema.

A veces suponemos que el conocimiento sistemático, reglado y metódico nos dará respuestas sensatas y certeras; y a veces pensamos que sí, que estamos muy cerca de hallar el método, ponerlo en práctica y establecer un sistema para comprender el mundo y hacerlo nuestro: desliz de juventud que muy prontamente trocamos por esa otra certeza, de que siempre estamos a punto de... de que no se puede, que la ilegibilidad es condición si consideramos que ese mundo con múltiples códigos complejamente intrincados entre lo personal, lo político, lo público y lo privado implica reconocer que la momentaneidad y la inestabilidad son las más acabadas ideas que tenemos para ir tanteando el mundo, y sólo nos quedan imágenes, aproximaciones, posibilidades poéticas que evidentemente plantean preguntas y no siempre responden.

De esta forma el error se asume como un logro, una posibilidad. En la segunda parte del poema, Arellano coloca cuidadosamente las diversas señales de esa revelación:

## II

... Ven conmigo a la librería  
[...]  
Lo que yo buscaba no había llegado.  
Hay que leer a Raymond Bloch.  
(Bloch, Raymond; *La adivinación en la edad antigua*, FCE, México: 1985)  
Y tomando el libro pagaste  
mirándome a los ojos.  
A pesar de la erudita información  
sobre cómo leer las señales en los cielos  
(y Bloch hizo todo a su alcance)  
o en lo oscuro de los vientres animales,  
los tacones altos y aquello que buscaba  
entre libros

escaparon por la puerta principal de mi casa.  
Volví a la librería.  
El libro buscado sigue perdido.  
Ya no leo el futuro en los espejos,  
ni en el agua, ni en los nidos de los pájaros.  
Te recuerdo descalza en el centro luminoso del mundo.

La posible certeza no podría expresarse en una lengua productiva, instructiva, determinativa sino mediante una anomalía, la lengua poética: que no siempre está en los libros de artes adivinatorias, ni está en los métodos para leer los sistemas económicos ni sociales, y se revela como una posibilidad de plantarse en el mundo conocido para explorar el desconocido. Así, una imagen poética se revela en toda su luminosidad ilegible, precaria y momentánea:

Te recuerdo descalza  
en el centro luminoso del mundo.

### *América, libera a Mireles*

*Sucede que soy América / It occurs to me that I am America* fue impreso en risograph en una segunda edición en 2015 por Nicole Delgado, en San Juan, Puerto Rico, como parte del proyecto “Taller de Traducciones Libres”. Mara Pastor fue quien en una de las veladas del festival Latinale, en 2016, me regaló el libro. Luis Alberto participó en Latinale en 2011.

Mara Pastor, Luis Alberto Arellano y otros autores escribieron poemas para este experimento poético y bolivariano, a partir de cinco premisas con las cuales traducir, reescribir o reversionar *América*, de Allen Ginsberg. Una de las principales premisas señala:

La América de Ginsberg se refiere a una sola nación (Estados Unidos de América) que, contaminada por los valores expansionistas impregnados en su sociedad desde El Destino Manifiesto, se adjudica por metonimia un gentilicio nacional que le

corresponde a tres continentes y varios archipiélagos. Por esta razón, apetece traducir “América” desde las múltiples Américas que se reescriben y traducen a sí mismas constantemente bajo la influencia de la expresión gringa hacia todo el territorio americano.

El poema que Arellano escribe está compuesto de cuatro estrofas irregulares que asumen un tono conversatorio cuya interlocutora es esa América expansionista de los Estados Unidos de América a quien le espetó Ginsberg desafiadamente sesenta años antes toda la violencia sistémica y de Estado frente, no sólo a sus ciudadanos, sino al mundo. La actualización arellaniana se desarrolla en ciento diez versos, en los que se presentan las condiciones y situaciones que un mexicano nacido a finales del siglo XX puede reconocer, compartir y considerar al pensar en una parte de América, con una particularidad: acotar y expandir esa América:

América te hemos dado todo y ahora somos nada.  
[...]  
¿Cuándo estarás a la altura de tus millones de hijos  
disidentes?  
[...]  
América solíamos ser comunistas zapatistas maricones  
mujeres que aman a otras mujeres  
Huérfanos sin nombre disidentes cuando niños.  
No nos arrepentimos.  
Hemos fumado marihuana inhalado coca masticado peyote  
bebido ácido tragado píldoras fumado/  
hongos inyectado químicos en la sangre bebido millones de  
galones de alcoholes diversos.

Y es que no ser América es reconocer una serie de diversidades y condiciones complejas no sólo atravesadas por el color, la clase, la preferencia sexual, sino por las batallas que se eligen, las que se reconocen, las que se pueden ver, las que se pueden enunciar, las

que van en público, las íntimas, todas las que atraviesan; no sólo lo que decimos, sino la historia, el cuerpo, las palabras y el origen:

América, libera a Mireles.  
 América, libera a tus hijos que tenían hambre.  
 América, encierra a tus hijos que tenían ambición desmedida para vender al otro sin importar su dolor.  
 América, enciértrate a ti y cierra la llave del escusado.  
 América, desde nuestra más tierna infancia nuestras madres nos llevaron a mercados donde había grandes montones de fruta olorosa como la guanábana y el mango de risa caliente. En esos mercados la gente sabía tu nombre aunque no estuviéramos seguros de cuál era América  
 mi abuela ayudaba a su gente a parir en sus casas y curaba los cuerpos rotos por costumbre  
 América eso era la infancia una Arcadia de frutas fragantes y abuelas conectadas con la vida hasta el fin de sus días.  
 América, tú no crees en la guerra.  
 Crees en la fuerza bruta de la ganancia desmedida.

Tal como en 2010, en el ensayo publicado en *Escribir poesía en México*, Arellano experimenta una forma de dejar una conversación abierta y no acabada mediante el poema. Y lo hace sobre un tema abiertamente político: el encarcelamiento del Dr. José Mireles en medio de una cobertura mediática a todas luces injusta y sucia, ante la que Arellano asume una postura sumamente abierta y clara contra un sistema que a todas luces es injusto e inexacto, como el mismo lenguaje que tenemos para denunciarlo; aunque no tenemos otro, lo estamos buscando y en ello nos van los experimentos poéticos.

Probablemente “América” fue terminado de escribir en 2015, y remata con estos versos: “América, dos dólares y veintisiete

centavos 31 de diciembre de 2014”. En ese sentido la actualización de los versos de Ginsberg abre temáticas frente a la lengua, la traducción y el traslado; incluso en el cambio no hecho de moneda; situación por demás irónica, ya que aún en esta América la moneda no deja de ser el dólar ginsberiano.

“He visto a las mejores mentes de mi generación / hacer una fila de conga / bailando Sopa de caracol. Adiós al Estado”.

En la poética de Arellano, el poema se asume como una práctica para resistir y para explorar mundos por conocer en los que se milita abiertamente hacia la acción política, que es también una exigencia de alegría luminosa y compartida en amistosos proyectos colectivos. “Adiós al estado”, Querétaro, 2015, reunió la presentación de diversas obras poéticas y audiovisuales, en los que participaron artistas multidisciplinarios y poetas de Querétaro y zonas circunvecinas. Luis Alberto fue organizador, junto con otros colegas suyos. El evento culminó con una hermosa fiesta, en la que después de pensar y hablar sobre las terribles y violentas situaciones que se estaban viviendo en México, hicimos una extensísima línea de conga a ritmo de *Sopa de caracol*. Nuestros anfitriones queretanos lo celebraron con ese tuit del querido y extrañado Luis Alberto Arellano.

A pesar de la compleja y caótica realidad de la que no tenemos la más mínima certeza, y eso ya es algo, hay una apuesta crítica y compartida en el trabajo de Arellano que cultivó con especial ahínco, y fue tratar de conocer y decir, mediante la lengua posible en sucesivos acercamientos, algunas señales que derivaran en conversación, ya que, como lo señala Arellano, para eso estamos habilitados:

Podemos leer señales: vialidad cerrada;  
 alto total; gire a la derecha.  
 Conversación entre señales varias: aleteos de pájaros; vientres

animales; manchas en la  
sangre.  
Para eso estamos habilitados:  
leer señales y en las rocas hablar.  
Por las rocas hablar. Señales de humo  
todas, donde hubo fuego.  
Donde hubo habla repentina  
como un abanico de carne.  
Donde hubo tránsito de un cuerpo al otro.  
Señales  
y en cielo  
ruido,  
luces de colores.

La obra poética de Luis Alberto Arellano no se agota en los libros y poemas que publicó, pues fue un entusiasta y brillante gestor cultural, profesor, investigador, traductor y *performer*; además de entrañable amigo. Recientemente soñé que estábamos en la presentación de una película sobre él, pero el hombre que lo interpretaba era un actor muy blanco, lo que me molestaba muchísimo y salía maldiciendo del cine. Al mismo tiempo, en Bellas Artes había una exposición de la obra plástica y gráfica de Luis Alberto: una de las salas presentaba una pieza que se llamaba “La disección de los cetáceos”. Recuerdo que estaba montado el esquema de una ballena en una de las paredes y varias cosas impresas. Me conmovía mucho y pensé tanto en su genial conversación entre señales varias.

Ciudad de México, 25 de junio de 2018.

**MARICELA GUERRERO** (Ciudad de México, 1977). Pertenece al Sistema Nacional de Creadores desde 2018, y recibió el premio Clemencia Isaura de Poesía. Es autora de los libros *El sueño de toda célula* (Antílope, 2018), *Fricciones* (CCD, 2017) y *De lo perdido lo hallado* (Conaculta, 2015).

## *He was Cassius Clay!\**

Omar Pimienta



\* Este poema fue publicado en edición bilingüe por Cardboard House Press. La versión en inglés, traducción de José Antonio Villarán, es ilustrada por la foto en que Sergio Ernesto, con botella en mano, y Luis Alberto, con sonrisa de campeón, posan para el póster de la pelea interestelar.



## Efecto nocturno

Luis Alberto Arellano

No mire a sus espaldas/ no hay nadie  
No camine a sus espaldas/ no hay nadie  
No entienda las voces a sus espaldas/ no hay nadie  
No finja conocer el barrio a sus espaldas/ es de Nadie  
No mire de frente a los hombres a sus espaldas/ se llaman Nadie  
No esconda sus plumas en el puño cerrado a sus espaldas/ el muro es de Nadie  
No escriba su nombre completo a sus espaldas/ es lectura de Nadie  
No escuche consejos de viajeros a sus espaldas/ es tierra de Nadie  
No pague con billetes en público a sus espaldas/ nada es el valor de Nadie  
No vaya a lugares públicos a sus espaldas/ lo visitará Nadie  
No encienda aparatos electrónicos durante el despegue a sus espaldas/ el vuelo lo pilotea Nadie  
No recline su asiento antes de que se encienda la luz roja a sus espaldas/ caemos por culpa de Nadie  
No registre su teléfono a sus espaldas/ es trabajo de Nadie  
No espere detrás de la puerta a sus espaldas/ la escucha es para favorecer a Nadie  
No intente esto en casa a sus espaldas/ usted vive en casa de Nadie  
No discuta cuando le pidan sus objetos de valor a sus espaldas/ todo pertenece a Nadie

No exponga a sus hijos al fuego a sus espaldas/ la materia es porosa como Nadie  
No se deje al alcance de los niños a sus espaldas/ la precaución es objeto de estudio de Nadie  
No conteste el teléfono a cualquiera a sus espaldas/ su posición en el mapa es saber de Nadie  
No camine por calles sin iluminación a sus espaldas/ la oscuridad es premisa de Nadie  
No finja que sabe la respuesta a sus espaldas/ la pregunta la formula Nadie  
No negocie con terroristas a sus espaldas/ no tiene permiso de Nadie

## Prólogo a la edición mexicana de *Bonzo*\*

Ángel Ortuño

A dentro del lechón hay un bonito espejo donde alguien (Nadie, mejor dicho ¿o nunca mejor dicho?) grabó con arañazos las instrucciones para sacrificarlo. Como en el epígrafe de Linh Dinh, *Bonzo* está lleno de instrucciones: en “Efecto nocturno” cobran la tonalidad siniestra de la advertencia, la instrucción primigenia: cómo salir con vida donde nadie lo logra porque Nadie así lo manda. El poema explota la ambigüedad del posesivo “sus” de tal forma que no se sabe nunca si las espaldas pertenecen al hipotético sujeto de las instrucciones o al omnipresente Nadie que desde el cuarto verso deja de ser nombre común para volverse propio y por ello irremediamente ajeno: él es Nadie, y nosotros sólo nadie.

Luego, en “Celebración”, el libro formula su programa: “Toda ola contiene en sí misma su reflejo e índice como un pequeño manual de instrucciones”. *Bonzo* es esa ola cuyo reflejo (adentro del lechón que sacrificaremos conforme leamos las instrucciones arañadas en el espejo) se despliega en sus propias palabras, siempre bajo la sombra de la glosolalia, de las sílabas más allá del sentido, que privilegian la vocalización, su componente sonoro

\* Este prólogo aparecerá en la edición mexicana del libro *Bonzo*, de Luis Alberto Arellano, que publicará Editorial Palíndroma. Agradecemos la cortesía de compartirlo a los lectores de *Grafógrafxs*.

que simula seguir los instructivos para volcarse (ola) nuevamente hacia dentro. “Celebración” imita en el delirio el discurso racional y mesurado de las explicaciones, equiparándolas al vaticinio mediante la consulta de las vísceras de un animal.

“Tipos duros” aúna la instrucción al vaticinio: lo que usted hará o lo que le pasará a usted indefectiblemente: “La voz en el teléfono es la organización material del evento”. Nuevamente, las palabras —“Como joyas o armas o dildos”— son vehículo de asociaciones inquietantes, morbosas, cuyo fondo anecdótico parece, mientras más difuso, más amenazante; la actualización de la sintaxis onírica —al margen del código convencionalmente establecido de imágenes más o menos “anormales”— es particularmente eficaz en versos como: “Cosas que no son de uso cotidiano”, cuya formulación escueta las vuelve ítem de inventario de toda pesadilla.

“Arenas movedizas y la palabra Ángel” acude a la repetición, a manera de letanía para ensamblar, por yuxtaposición, una imagen a partir de un término abstracto: el cielo es una y otra cosa, el cielo es muchas cosas simultáneamente, siempre y cuando se conserve la equivalencia entre la primera y la última palabra de cada verso: cielo y fetos; una primera alusión, en la imaginación popular, a la palabra ángel: el niño difunto o aún más, el nonato difunto. Luego de esta primera descripción (describir: “Definir imperfectamente algo, no por sus predicados esenciales, sino dando una idea general de sus partes o propiedades” y sus partes son siempre una: fetos y fetos), irrumpe el Yo, por primera vez en *Bonzo*. Pero hay que tomar precauciones: según el *Diccionario de religiones* coordinado por el cardenal Paul Poupard, el término “bonzo” ha sido erróneamente usado para designar a los monjes budistas: los monjes no son sacerdotes porque en el budismo no existe la función sacerdotal, se trata de una palabra que, a través del portugués, proviene del japonés *bo-zu*, que significa “sacerdote”.

Lo mismo podemos decir de este Yo en “Arenas movedizas...”, de hecho, esas son las arenas movedizas, las de la supuesta identidad de un hablante en tanto quien refiere, metafóricamente, un determinado contenido anecdótico; sin rehuir este registro (hay evidencias, el Yo menciona “Cuando mi padre enfermó”), el poema no se limita a ello sino que se ramifica, multiplica sus anclajes tanto en lo anecdótico como en lo imaginario, tendiendo puentes (palabra recurrente a lo largo de *Bonzo*) entre las diferentes dimensiones del texto. “Mi signo es fuego / por eso olvido todo de manera inmediata” dice uno de los versos, que nos trae a la memoria (una función secundaria del olvido, como sabemos) la imagen más conocida de un bonzo: Thich Quang Duc, quien se prendió fuego en Saigón el 11 de junio de 1963, mismo año en que nació, en esa misma ciudad, Linh Dinh, la poeta vietnamita cuyos versos sirven de epígrafe a este libro. El fuego es, también, la imagen de la identidad como devenir y no como un hecho consumado; la identidad que se desvanece y recompone dolorosamente para terminar en una nueva letanía con el icono más extendido del sufrimiento en occidente: Cristo.

“Combustión espontánea” —sigue el fuego— calcina la posibilidad metafórica de los ya mencionados puentes: no sirven para unir dos puntos lejanos, dos realidades apartadas (metáfora), sino lisa y cruelmente para colgar cadáveres de ellos, donde las letras se apilan y las sílabas lejos de nombrar, privan del nombre. Vuelve “Nadie” porque es nombrado en voz alta porque Nadie puede, pero nadie más (así, en minúscula) puede tener nombre que lo cicatrice como herida.

En “Nubes violeta a ras de piso” regresan las instrucciones, las órdenes: “Ponga las manos contra la pared / y separe las piernas”. Y también el Yo que pareciera hacernos confidencias: “Conquisté una odalisca a los doce / y la dejé preñada de mi primer hijo / el

astuto / el resto de la prole ha salido mala”, sinceridad confesional saboteada por la hipérbole de la hazaña, por la aposición del mencionado hijo: el astuto (¿Odiseo?) y el anticlímax del linaje: el resto de la prole salió mala. Hacia el final del texto se presenta la clave del delirio en una sencilla frase que se repite hasta desdibujarse en una paronomasia que aparece como un *flash* para volver a ser lo que era, pero contaminando irremediablemente el sustantivo abstracto con el concreto: miedo-mierda-miedo.

\*

Una máquina es, según el *Diccionario ideológico* de Julio Casares, un artificio para “transformar una fuerza en determinado trabajo útil”, pero también una “invención, un proyecto de pura imaginación”. “La máquina de matar el tiempo” transforma una fuerza... pero el trabajo es inútil; también es invención... pero uno dudaría en calificar de pura la imaginación que inventa al reconocer mediante la reiteración de una frase, una ubicación, una distopía donde incluso el placer es amenazante, o a eso se reduce: “Sé que esta es la ciudad / he bebido licor agrio entre sus piernas antes”.

El alma no es posible sin el cuerpo, afirma Lucrecio. ¿Cómo matar el cuerpo y transmutar el alma? O mejor aún, ¿cómo matar el alma, la conciencia? “Devenir animal” es el objetivo al que apunta el poema “Tiro de gracia”. Objetivo terriblemente ambiguo donde se conjugan un anhelo de la inocencia animal (la incapacidad de dañar deliberadamente: “Soñar animal”) y la constatación de la indefensión (incapacidad de defenderse del daño infligido con toda deliberación: “porque nos tomaron por asalto y ahora colgamos de puentes / colgantes”). Sintetizado en una de las imágenes más conmovedoras, en el sentido de su potencia

para cimbrarnos, de todo el libro: “porque los cristales reventados a balazos son nuestras / joyas”.

“Happy Birthday No Name”, Happy Birthday to you. Eso que “a todos nos pasa una vez al año”, vagamente ominoso que puede —todo lo sólido se desvanece en el aire— hacernos desaparecer.

La reaparición del Yo lírico tiene en “Malas palabras” su apoteosis: la identificación de quien enuncia con el nombre del autor del libro, seguido de una nueva hipérbole que irrumpe para descoyuntar el discurso autobiográfico: “Diga en voz alta: Mi nombre es Luis Alberto Arellano y soy un zombie”. Además, se trata de esa voz neutra de las instrucciones. Luis Alberto Arellano no es realmente quien habla en el poema, es usted quien debe hacer esa confesión, intercambiar su lugar con el del supuesto autor del libro. Y, por supuesto, cuidar sus modales: “Si llega a salpicar, pida disculpas”.

“Caja de texto” equipara, mediante la enumeración, la escritura con la persona en tanto que ambas son estructuras y sostén de algo que no sería sin ellas —el alma imposible sin el cuerpo, la poesía inaccesible sin el texto—. Gracias a un procedimiento que invierte el conocido acercamiento, tan socorrido en el cine, de la estratosfera a un reducido espacio de una casa, en esta caja de texto va creciendo una persona, vemos formarse el “tejido, músculo, hueso y piel” y la piel que cubre las partes que apunta a sugerir un todo, mediante una composición que recuerda al cubismo analítico (por su prioridad de geometrización: “con su núcleo ordenado al lado derecho”) y culmina, otra vez, en el desvanecimiento: “Y el ausente sonido de la respiración”.

“Blackwater” es el título del texto que cierra el conjunto. Y lo cierra no sólo por su orden de aparición sino estructuralmente. De este largo poema —que merece un análisis aparte— me interesa destacar la reiteración de la pregunta por el significado. En una

composición cuya pauta aparente es la asociación onírica, debidamente cuestionada por la ironía desde el inicio (“Es por eso que pregunto / si sabes descifrar los sueños. / Espero tu respuesta pronta, amable, afirmativa”), y un componente narrativo mucho más acentuado que en todos los textos precedentes, de pronto nos topamos con que no se ha dejado de hablar de lo mismo: “glosolalia, oráculo o esquizofrenia”, es decir: la imposibilidad de sentido por vía de su multiplicación delirante: el sueño dentro del sueño dentro del sueño. Del que, además, es imposible volver con una rosa; si acaso, con la incómoda certeza de que “las cabras radioactivas y la mandíbula suelta tendrán / relación entre sí”. La mandíbula suelta que articula estas palabras, al difícil modo de un zombie zahorí, y las cabras radioactivas, que no son el cordero de Dios ni nos darán la paz.

*Burn, baby, burn!*, le diremos al bonzo mientras esperamos su respuesta pronta, amable, afirmativa.

ÁNGEL ORTUÑO (Guadalajara, 1969-2021). Licenciado en Letras por la Universidad de Guadalajara. Entre sus libros publicados se encuentran *Las bodas químicas* (Secretaría de Cultura de Jalisco, 1994), *Turbo Girl. Historias de la mamá del diablo* (Ediciones Aguadulce, 2015) y *Gas lacrimógeno y otras cosas que no son poemas* (Universidad de Guanajuato, 2018). Fue miembro del Sistema Nacional de Creadores y formó parte del Comité Editorial de *Grafógrafxs*. Sus textos se pueden encontrar en antologías colectivas y han sido traducidos al francés y al alemán.

## Un taller: Título

Anaclara Muro

Una mesa redonda, café y mucho pan dulce. Hay momentos que te cambian la vida. Hay momentos en los que ciertas personas te cambian la vida.

Un día me senté en la misma mesa con alguien a quien odiaba. Un día me senté en la mesa con alguien que pensé que odiaba. Un día me senté en la mesa con alguien a quien me habían dicho que odiara.

Los talleres de poesía son un *hobby* que algunas personas no entienden. Pienso que quizá porque no los han experimentado o porque cayeron en alguno incorrecto. Por incorrecto me refiero a que probablemente lo da alguien más enfocado en generar admiración que buscar comprensión mutua.

Un día me sentí mal de sentir rechazo por una persona que no conocía.

En un taller de poesía quienes asisten sacan sus textos y los leen frente a otras personas. El objetivo es buscar el sentido oculto del texto y pensar en cómo podría expresarse mejor. El sentido oculto del texto puede ser cualquier cosa. En un taller de poesía las reglas son imaginarias. Nadie puede decir que algo esté tajantemente bien o tajantemente mal. Y, sin embargo, hay un algo que se intuye o que se siente o que se sabe. Cuando un texto funciona, no se trata de pensar de forma capitalista. Cuando un

texto funciona, no funciona para algo. Cuando un texto funciona, funciona para sí mismo, funciona para ciertas personas en ciertos momentos que te cambian la vida. Hay momentos en los que ciertos poemas te cambian la vida.

Un poema puede transformar a alguien. Un poema puede hacerte sentir que tu cuerpo y tú son la misma cosa. Un poema puede darle dimensión a las cosas.

Los talleres de poesía son un voto de confianza y un gesto de generosidad. Nos sentamos a escuchar y a leer a otras personas; a platicar lo que dice y no dice el texto; a platicar cómo podría transformarse y cómo eso nos haría sentir.

Nadie debería usar un taller de poesía para hacer sentir mal a otra persona. Los talleres de poesía son todo lo contrario: un lugar de encuentro y comprensión.

Los talleres de poesía pueden ser un momento anticapitalista en el que todo se trata de hablar de palabras que evocan cosas imaginarias que a la vez son muy reales porque nos atraviesan el cuerpo.

Un taller de poesía es de alguna manera un taller de escultura. Hay que moldear, quitar, poner, raspar, alejarse para adquirir perspectiva, acercarse para observar los detalles. A veces decimos que un poema es perfecto cuando ya no se le puede quitar ni añadir nada. Esto, realmente, podría ser una ficción.

Los talleres de poesía también pueden ser un lugar para la risa y la amistad. Los talleres de poesía pueden ser un proceso de acompañamiento porque en los procesos creativos muchas veces hay que pasar por encima de recuerdos fangosos. En los talleres de poesía también hay que pensar mucho y pensar acompañados es mucho mejor que pensar solos.

Apenas salía el sol un sábado cualquiera y sabíamos que iba a comenzar. Poníamos la mesa y el café y el pan.

Título.Taller fue un taller de poesía que me cambió la vida. Título.Taller tenía como centro a una persona que eligió no ponerse en el centro. El centro no como una figura de poder, el centro como un eje.

Luis Alberto Arellano fungió como un mediador en la pequeña comunidad literaria “joven” de Querétaro. Luis perteneció a una generación en la que todos se pelearon entre sí y proclamaban odiarse. Pienso que él se dio cuenta de que eso no iba a ningún lado.

Todas las personas cambiamos todo el tiempo. Obviamente Luis cambió. No conocí al Luis terrible que descartaba los textos en los talleres. Conocí al Luis generoso que se sentaba a escuchar y a compartir, al Luis que buscó formar una comunidad antes que erigirse como una figura de autoridad que decía lo que estaba bien o mal.

Luis Alberto Arellano decidió ser nuestro amigo y logró que todos fuéramos amigos entre sí.

Algunas alianzas son necesarias. Algunos giros en la manera de percibir al mundo son imprescindibles.

A veces los poemas no están listos, necesitan trabajo, taller, tiempo en el cajón, un cambio de perspectiva. A veces tenemos que renunciar a “la idea original” (lo que eso signifique). A veces podemos cambiar de opinión y comprender que hay textos que sirven para ser desechados porque nos hicieron crecer, pero no están buenos.

A veces tenemos que aceptar que estábamos equivocades. A veces crees que odias a alguien porque te dijeron que había que odiarlo. Y luego algo en ti se permite una licencia, cambiar de opinión.

Conocí a Luis Alberto en los últimos años de su vida. Me he arrepentido mucho de haber sentido rechazo, de que ese re-

chazo me hubiera limitado una amistad que terminó por ser entrañable y estimulante. A Luis le debo crecimiento, lecturas, escucha, risas.

El taller que se llamó Título fue un ejercicio de generosidad, fue un ir y venir de discusiones, fueron muchas mañanas de ser felices.

ANACLARA MURO (Michoacán, 1989). Es poeta, escritora y editora en *Palíndroma*. Escribió *Princesas para armar* y *No ser la power ranger rosa*. Es maestra en Estudios Históricos por la UAQ. Dirige el proyecto audiovisual *Vulvatómicas*.

## Del orden precario y la violencia masificada

Luis Alberto Arellano

¿Puede el poema decir algo frente a la violenta Realidad? Ponga un poema frente a una imagen de las múltiples que pueblan nuestro catálogo mexicano reciente (descabezados, cabezas sin cuerpo, hombres semidesnudos colgados de puentes, un largo y vergonzante etcétera). ¿Cómo logramos que el poema junto a esa imagen diga algo? ¿Puede cualquier poema decir algo?

Primero lo obvio: el sistema que sostiene las imágenes comentadas se basa en un solo principio: el más fuerte gana. ¿Y qué gana? Aquello que está en juego: capital, mujeres, sexo, autoestima. El más fuerte gana porque tiene más balas, más cojones, más equipo y más preparación para el uno a uno. Ese es el secreto de esas imágenes y de ahí su violencia primordial. No hay argumento, no hay creación de un código ni de un relato. Es la conclusión del relato. Toda la mitología de todas las culturas se construyó en oposición a ese principio cavernario: el más fuerte gana. Gana y come, gana y se reproduce, gana y es el macho alfa. Toda la cultura es un camino opuesto al instinto mamífero que sustenta el privilegio de la existencia. ¿Cómo puede un poema significar frente a esos vacíos argumentales? Primera hipótesis, si la premisa es ese grito primordial de la bestia acorralada, lo primero que debe hacer el poema es no discutir, vencer por KO. No oponer argumentos ni razones a lo que carece de ellos. El poema debe lanzar su

sentido sin esperar que sea especular sobre la contienda. Poema vence por estridencia. Por pura voluntad creadora. Y debe oponer con todo lo que la cultura tiene para resistir: imagen, voluntad de representación, cultura, mitos, sentidos múltiples, sonido. La única forma en que imagino un poema en convivencia con ese imaginario de la violencia es a partir de que radicalice sus apuestas. El poema debe radicalizar su uso del lenguaje. Debe radicalizar su voluntad de existencia. Es un poema por pura voluntad del poeta: así Rimbaud, así Mallarmé. Si el poema no parece poema, peor para el lector que mantiene sus referentes en el XIX en medio de la calma porfiriana. En el XXI el poema mantiene su voluntad radical de práctica crítica. El poema como una forma práctica de crítica del lenguaje, de la significación y del sentido. El poema como una radical oposición a los discursos que son únicos y se mantienen impermeables. El poema en crítica total a la ley del más fuerte. El poema como estética del goce, del desperdicio; del gasto y del residuo. El poema como una hazaña en medio de lo suficiente. Cuando todos hacen lo necesario o lo suficiente, el poema es un gasto, un exceso, un residuo. Esa radicalidad dará para que el poema atesore algunos fragmentos de la cultura que lo precede, y que se vuelva resonante, significativo, que dé sentido en un momento de barbarie desbocada.

¿Cuál es la práctica más radical en el poema actual? La creación de un sentido opaco frente al mundo. La irracionalidad y el alejamiento del lenguaje comunicativo. El poema como exploración de los límites de lo humano. No de lo humano en el sentido del proyecto fallido de la Modernidad, sino en el límite en el que el lenguaje se vuelve comunicativo o particular y por tanto glosolalia. El poema está acosado por el flanco paranoico de un lenguaje particular que a nadie significa; el poema tiene al otro costado al lenguaje comunicacional que carece de sentido porque

los ha agotado todos. En ese límite el poema busca un hueco de opacidad que logre llenar de sentido. Los aparatos y las prácticas por los cuales puede llegar ahí son variados. Puede recurrir a las herramientas de lo visual, de lo sonoro o de la múltiple significación. Puede también tomar elementos de lo digital y construirse con el lenguaje de la comunicación cotidiana. Pero el resultado es el mismo: la contradicción interna, la tensión entre comunicar sin sentido y significar demasiado, nunca se resuelve. En ese hueco estriado que está siempre a punto de colapsar aparece el sentido. El lector pasa de ser espectador a convertirse en sujeto concebido nuevamente por el poema que le significa. Para que la tensión vuelva a empezar y nos lleve a todos a reconocer la fragilidad de lo perenne.



## Big Daddy se despide sin pegarle a la pelota\*

Luis Alberto Arellano

Terry Francona es lo mejor que le ha pasado al juego  
En segundo lugar puedes poner cualquier Grand Slam que hayas visto  
Y también de tercero en la lista, que hayas oído o leído  
A paloma desintegrada por la recta de Randy Johnson  
Eres increíble  
Como el Nono de Dock Ellis en Pittsburgh el dos de junio del setenta  
No hit No run  
Y Randy Johnson se retira con otro igual pero menos ácido  
Esto es América  
Puro pinshi bisne

\* *Big Daddy se despide sin pegarle a la pelota* es el avance de un libro inconcluso que escribía Luis Alberto Arellano a partir de imágenes distorsionadas referentes al beisbol, de Ismael Velázquez Juárez, quien nos proporcionó estos poemas hasta ahora inéditos.



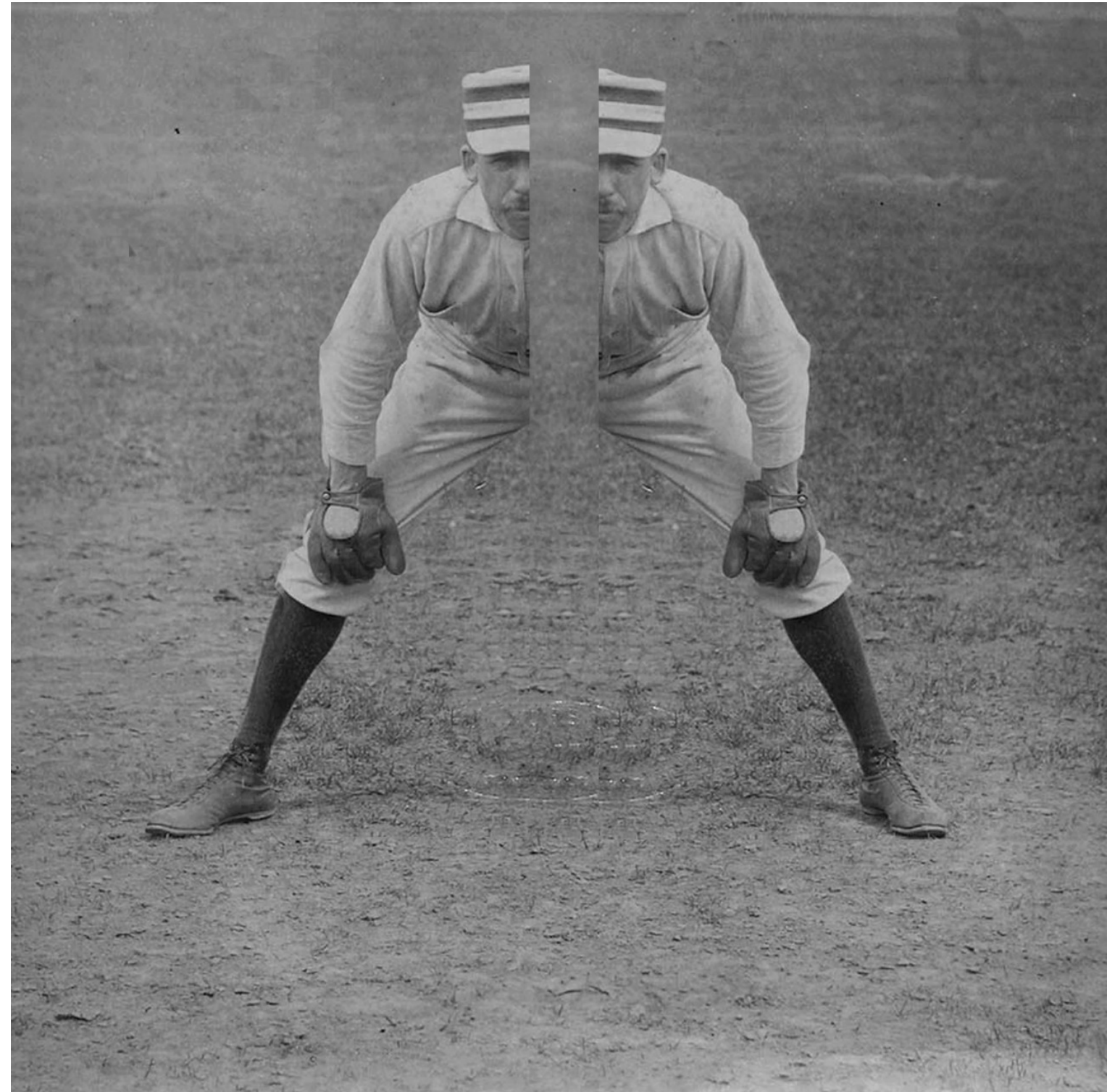
A las seis péeme del treinta de abril del setentaicinco  
Cayó Saigón y terminó oficialmente la guerra de Vietnam  
Se trata de dos guerras de liberación colonial conectadas por la  
pinche  
Necedad gringa de no cederle territorio al fantasma comunista  
Los vietnamitas pelearon primero contra los franceses para que  
se fueran  
De su territorio  
Y una vez que mostraron simpatías con los rojos  
Tuvieron que lidiar con los gringos y su mal humor extemporáneo

Nada como un baño de Napalm para calmar los ánimos

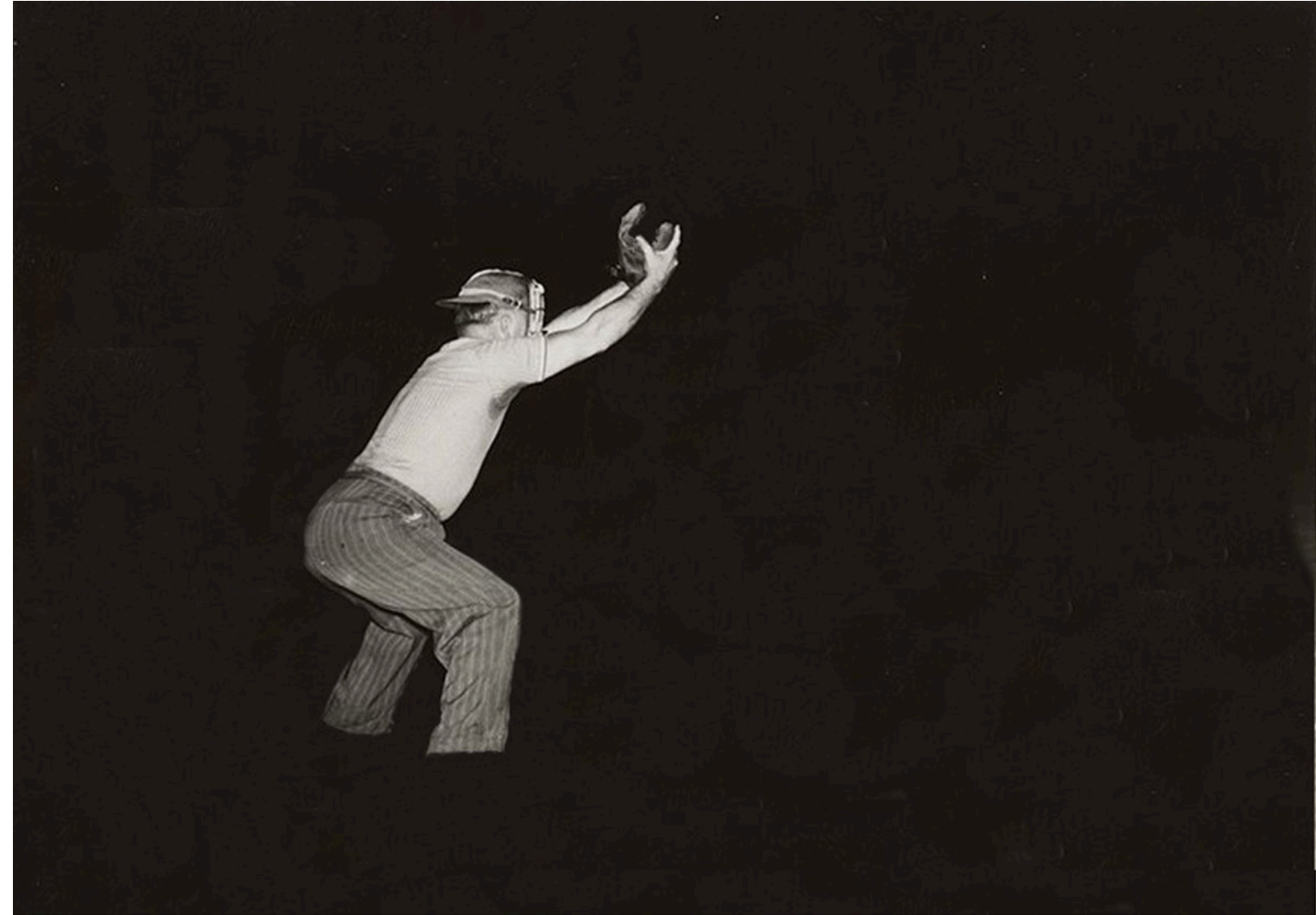
El juego continuaba, sin la simpatía de las mayorías, sin jugadores  
reclutados  
Lo que permitió que muchos jugadores de medio pelo se volvieran  
estrellas  
O debutaran siquiera en grandes ligas  
Gran época para el juego  
Nadie era menos que nadie  
Los Red Sox perdieron la serie mundial de ese año maldito del  
señor  
En cuatro de siete juegos frente a Cincinnati  
El sexto tuvo doce entradas y lo perdieron en el fengüey parc  
Fue patrocinado por el Vietcong y sus carcajadas transatlánticas



Digamos que te salvas  
Que no te caen con veinte años por homicidio  
cuando debiste caer como todos  
digamos que tiras bolas de cien millas por hora  
rectas  
curvas  
con efecto  
de doce a seis  
que te huele el aliento a opio  
y la migra no te conoce aún  
Renunciar cuando no eres nadie  
No es renunciar  
Es lucir elegante en la quinta entrada  
Como todo shore stop  
Con la mano izquierda llena de tatuajes



Terry Francona ha llevado su magia de un equipo a otro  
Ordenado como un manual de geología  
Militar como heroína de pureza cuatro  
Como tormenta de arena y lluvia de sal  
Jinete del apocalipsis pero con buena actitud  
Termina el trabajo y Terry lleva a los Indios de Cleveland  
A tierra santa  
Cada octubre hay tierra santa en el continente americano  
Nunca mates a un policía  
Tómalo por pares



## Terrorista cultural

Hugo Cervantes

La primera vez que lo vi fue en la dirección de la Facultad de Lenguas y Letras, donde él cursaba la maestría y yo la licenciatura. Entramos casi al mismo tiempo a la dirección, cada quien con un propósito diferente. Sólo había una silla para esperar y él me la cedió, pero yo se la cedí a él y así seguimos hasta que agarró la silla de la secretaria, que en ese momento no estaba detrás de su escritorio, y cada quien tuvo un lugar para sentarse. Aguardamos más de 20 minutos, pero yo no pude esperar más porque tenía que irme a otra clase. Cuando salí de ahí le dije hasta luego. Él volteó a verme sin decir nada. Mi contacto con Luis Alberto nunca tuvo un vínculo sólido, siempre se trató de eventos en los que coincidí con él o que él organizaba.

Otra ocasión donde lo volví a ver fue en la presentación de *Signos de la amnesia voluntaria*, de Benjamín Moreno, la cual tuvo lugar en el famoso bar El Aleph, en la calle de Altamirano. En ese sitio lo vi en más de una ocasión porque Querétaro sigue siendo un pañuelo e ir al Aleph significaba ver mínimo a tres personas conocidas. Pienso que estuvimos mucho tiempo ahí en diferentes situaciones, en diferentes mesas y conversaciones, y me atrevería a decir que la mayor parte de esos tarros de cerveza que se llenaban y se vaciaban durante la noche acompañaban una conversación sobre literatura. El mundillo literario actual de una

de las ciudades más conservadoras del Bajío no podría entenderse sin nombrar a Arellano.

A los 17 años, en un taller de poesía, en el Museo de la Ciudad, lo primero que escuché de él fue que era un terrorista cultural, que no estaba de acuerdo con nada y que sólo se emborrachaba y arruinaba los eventos literarios. Es común en una ciudad como Querétaro que no exista un diálogo intergeneracional. Por esa razón, si un muchacho de menos de 22 años manifestaba su descontento, era descalificado por quienes con más años se escandalizaban con sus actos.

Yo me imaginaba lo peor y que era un tipo malvado, pero él era un *enfant terrible* que no tenía reparo en comentar con martillo en mano los textos que se trabajaban en los talleres, que no estaba de acuerdo con la anquilosada tradición literaria que persistía desde antes de que yo asistiera a un taller literario. Después supe por diferentes personas que él también asistió a esos talleres, aunque por su incesante manera de aprender sin detenerse y por cuestionar lo que para muchos era la poesía o la literatura, para él los talleres podían ser de otra forma; había que desarticular lo que hasta ahora estaba construido, buscar opciones, otras lecturas, alejarnos de las formas y discursos de los letraheridos eternos que viven obstinados en decir qué sí es poesía y qué no lo es, como si su palabra u opinión tuviera todas las credenciales y permisos para decir cómo hacer literatura. La inteligencia limitada de estos elementos de la policía literaria fue un obstáculo que Luis Alberto iba a confrontar y que iba a poner en jaque. Entiendo de alguna manera que buscara otros caminos y que junto con sus coetáneos lograra desarraigarse de lo que representa ese mundillo literario local. Salir de Querétaro significa que cuando quieras regresar perderás el lugar que te correspondía o que quizás nunca tuviste.

Pienso que la labor de Luis Alberto no debe ser encasillada en la de escritor únicamente, también fue un gestor cultural que se interesó por acercar a esta ciudad a diferentes escritores del país. No es una cosa que no se hubiera hecho antes, estoy seguro de ello, pero sí ejerció un trabajo cultural en diferentes niveles que permitieron que yo y muchas más personas de mi generación estuviéramos en contacto con estos otros discursos y formas que ni por accidente íbamos a hallar en los talleres de siempre.

También estoy seguro de que haber establecido un diálogo con quienes nacimos en la década de los ochenta tiene una relevancia futura, porque a pesar de que murió prematuramente persiste su labor en la memoria de mi generación, por la cual tuvo interés en poner a nuestro alcance las herramientas que a otros escritores, con más años que él, no les interesaban. Pienso que ser poeta o escritor no sólo consiste en que tengas una cantidad de seguidores que aclamen tu obra o que te admiren/amen incondicionalmente, como he escuchado que muchos lo desean. Es más importante que haya una interpelación que permita una brecha que problematice una postura política y estética. Sé de antemano que muchas personas del medio lo odiaban, incluso, y lo digo con enfado, hubo quienes celebraron y celebran su muerte. Estos problemas intergeneracionales han dinamitado desde hace mucho tiempo el diálogo porque la impronta de “la poesía no es para todos”, antes que “refinar” las letras locales han propiciado que su posicionamiento, sin olvidar la precariedad de su propuesta, estén en el mismo lugar que estuvieron antes de que Luis Alberto aterrizarara los eventos literarios.

Sólo en una ocasión leí en el mismo evento en el que él leyó. En esa misma lectura estuvo Yolanda Segura, Anaclara Muro y Tadeus Argüello. Mis nervios eran incontrolables porque subirse a un escenario a leer poesía no es sencillo; en mi caso era más un

reto conmigo mismo. Mientras leía un poema que jamás volverá a ver la luz, miraba a mis coetáneas, quienes sin hacer ningún gesto escuchaban no atentas la ristra de versos que según yo se abrirían paso en la poesía local. Por su parte, Tadeus estaba escuchando sin mirar a ningún lado, pero Luis Alberto me miraba fijamente con una mueca de risa que en su momento me pareció que le estaba causando gracia o le gustaba, aunque después pensé que era una manifestación de darle unos martillazos a mi texto. Bajé del escenario con las manos temblando y me senté sin voltear a mirar a nadie. Después nos fuimos, los cuatro para un lado y yo regresaba a trabajar con mis estudiantes de preparatoria el resto de la tarde.

Fui su alumno en el último semestre de su vida. Volví a la facultad para recuperar mi pasantía. Tomé una clase con él, la cual, sin dudar, me atrevo a decir que fue de las mejores que tomé en cuatro años en una carrera de literatura y docencia. Estábamos en otro campus, habían pasado más o menos ocho años desde la vez que esperamos en silencio en la dirección cada quien en su asiento. Mis compañeros tenían siete años menos que yo, y hacían poco por leer las lecturas que él dejaba en clase; algunos trabajaban y tenían hijos y otros tenían la mirada de que no saben qué harán cuando salgan de la carrera y aunque decían que no darían clases, yo estaba seguro de que terminarían haciendo eso porque ya había pasado por ese mismo lugar. Yo retomé muchas cosas que había leído fuera y durante la carrera. Sé que fue generoso con nosotros porque sin detrimento impartió su clase, leía nuestros trabajos, les hacía anotaciones, nos recomendaba lecturas, nos prestaba sus libros para fotocopiarlos. Muchos dirán que todos los maestros hacen eso, pero era auténtico cuando le interesaba saber qué estabas leyendo y qué estabas escribiendo.

El primer día de clases me dijo: “Usted se me hace conocido”. Yo contesté: “Hemos estado en diferentes eventos juntos”.

Respondió: “Ah, ¿sí?”. “Bueno, dos o tres talleres hace algunos años”. “Ya veo, también está usted en eso de la Lucha de Escritores, ¿no?”. “Sí, con Horizontal”. Continuó con un “ya veo, usted se ve más grande que todos ellos, tiene mucho que releer. ¿Trabaja?”. Le dije: “Sí, doy clases en preparatoria”. Respondió: “No se vaya a quedar ahí, busque otra cosa”. En ese año a mí me faltaban todavía dos años más de ser profesor, pero después seguí su consejo y dejé la docencia.

“Es una lástima que Walter Benjamin, siendo Walter Benjamin, haya muerto a los 40 años. Todo lo que pudo haber escrito después si hubiera llegado a Estados Unidos, si no se hubiera suicidado porque se sentía en peligro de ser apresado por los nazis. Eso hace la guerra, lo destruye todo”. Recuerdo esas palabras de Luis Alberto y resuenan en mi cabeza porque podría decir ahora que también es una lástima que él haya muerto tan joven, con tantos libros por leer y escribir, y seguramente con proyectos que quedaron detenidos. Estoy seguro de que somos más los que lamentamos su muerte que los que se regocijan de ella. A nosotros nos unen sus ideas y nos fortalece que su coraje en vida y su resistencia para agarrar a martillazos a las instituciones y a los integrantes del parnaso de las “grandes poesías” hayan hecho una notable diferencia.

**HUGO CERVANTES** (Querétaro, 1989). Estudió Literatura y Docencia en la Universidad Autónoma de Querétaro. Ha publicado poemas y cuentos en revistas como *La Cosa*, *Los Argonautas*, *La Revista C* y *Prosvet*. Fue coguionista del documental *Para allá no voy* (2018), de la serie de ficción *Es cosa de los cerdos* (2020) y de la comedia *Vulvatómicas* (2020). Es fundador de Editorial Palíndroma.

## Alice Cooper, zombis y Luis Alberto Arellano

Rocío G. Benítez

La familia de Luis Alberto Arellano (1976-2016) decidió regalar su biblioteca a los amigos del escritor. Entre esos amigos está Oliver Herring, quien amablemente me compartió de sus libros. Él ya tenía separados algunos, pero me permitió echar un ojo a todas las cajas bajo su resguardo. Me interesaba ver si tenían anotaciones en los libros, pero Arellano no era de esos tipos. Pensaba que podría encontrar algún papel que exhibiera algo importante, algo que nunca hubiéramos imaginado de él. Encontramos sólo un boleto de avión a Tijuana y fotografías de una boda, en donde se atestigua que sí iba a las fiestas familiares.

Entre los libros que escogí para llevarme a casa está el *Tomo XVII. Los héroes. Junta de sombras. Obras completas de Alfonso Reyes*. En la página 73 de dicho libro encontré una *RockCards* de Alice Cooper. En la tarjeta se ve la imagen del músico, pelo largo alborotado, mirada fija, labios y quijada tensos. Con una mano cubierta por un guante negro, sostiene unas esposas. En el hombro contrario trae una chamarra de cuero que luce el rostro del mismo Alice Cooper, la mitad está convertida en calavera. Una daga incrustada en la sien. Y en la descarnada barbilla hay un pequeño beso pintado en rojo.

¿Qué mensaje dejó Luis Alberto aquí?

En esa página 73, se lee:

Toda fundación de ciudad comienza con un sacrificio: en el caso, una vaca en aras de Atenea. El sacrificio necesitaba

agua en abundancia. La fuente cercana estaba guardada por un dragón. El dragón era hijo de Ares. Cadmo tuvo que darle muerte. Por consejo de Atenea, le arrancó los dientes y los sembró en tierra, de donde nacieron unos guerreros armados [...] Cadmo lanzó entre ellos una piedra, ocultándose, de modo que ellos se culparon entre sí, riñeron, y se dieron muerte unos a otros con excepción de cinco supervivientes. Equión, Udeo, Ctonio, Hiperenor y Peloro. De ellos provienen los Espartanos y “hombres enterrados”, de quienes arranca la nobleza cadmea. Su casta se distinguirá siempre por un lunar o marca de nacimiento: una punta de lanza, como si se previera ya la pica que había de atravesar más tarde los pies de Edipo.

Volviendo a los libros de Luis Alberto, y teniendo en mente la referencia número 73, encontré el poema “Una roca por mitades”, que dice:

Tiembla / cielo / han llegado / son los bárbaros que asoman / al horizonte de la acrópolis / [...] Son ellos, los bárbaros, después de tanto desenlace / ellos sabrán qué hacer / con nuestros dioses, mudos y furiosos / los desbocados augurios / y el silencio sospechoso de las aves. / Ellos podrán, lo sabemos, aliviar / los despojos de nuestra ruina.

En los primeros libros de Luis Alberto son evidentes las referencias bíblicas, y las insinuaciones mitológicas resaltan en diversos momentos de su obra. Todo en busca del origen, del ser, de razones exactas, vistas desde su ojo crítico y escritas a su manera.

¿Qué pasó para que Luis Alberto diera un salto mortal de *Erradumbre*, *De pájaros raíces el deseo*, a escribir *Plexo* y otros poemas de extraterrestres y zombis?

Por supuesto que se lo pregunté.

Respondió que era una forma de exploración. “Estoy explorando formas de negar el yo convencional lírico”, dijo. También sentenció que era una burla.

En su poema “MALAS PALABRAS” escribió:

En caso de reventar por los costados:

1 Calme a la persona de su extrema derecha

1.1 Si llega a salpicar, pida disculpas

2 Hidrate el área purulenta

2.1 Utilice sólo agua o Sidra

2.2 Lance chorros regulares al área infectada

3. Reconozca que es un zombie

3.1 Diga en voz alta: Mi nombre es Luis Alberto Arellano y soy un zombie

El poema surgió en las redes. Aficionado al Twitter, encontré en ese medio un trampolín para gritar, si es que era necesario (y aunque no lo fuera, también), detonar palabras y a partir de la exposición, crear.

Cada uno de sus libros refleja, sin duda, diferentes etapas, procesos de experimentación que variaron según el proyecto alternativo que tenía o el lugar donde se encontrara. Aunque en realidad Arellano nunca salió de Querétaro, se fue por algunos años a radicar a San Luis Potosí, pero al final regresó a casa. Se entiende entonces que existieron en vida múltiples Luis Alberto Arellano, y no sólo un hombre.

Luis Alberto Arellano se llamaba a sí mismo el Niño Terrible de la Literatura Queretana y siempre enalteció su fama. Estudió psicología sólo para darle gusto a su papá, quien le exigió tener una carrera. Se dividía entre ser poeta, editor, ensayista, traductor, *rockstar*, fan del wéstern, cómic, videojuegos, extraterrestres, zombis. Autor de *Plexo*, *De pájaros raíces el deseo*, *Erradumbre*, *Nómina de huesos*, *La doctrina del fuego*, *Bonzo* y *Grandes atletas negros*. Coautor de la antología de poesía en Querétaro *Esos que no hablan pero están*. Su último libro publicado, *Rafael Lozano, Mensajero de Vanguardias*, es testigo de que el poeta queretano se adjudicó una placa de detective. Además, la investigación le sirvió para obtener su doctorado. Lozano

era poeta y traductor, prácticamente desconocido, y Arellano se dedicó a indagar en archivos ya olvidados, para traerlo a la luz presente:

En 1922 Lozano comienza su proyecto más ambicioso, la publicación de *Prisma, Revista Internacional de Poesía*, entre enero y agosto. Esta será la primera revista mexicana dedicada por entero a la poesía. La revista se imprimía en Barcelona, se configuraba en París y se distribuía en México.

Lozano no era cosa menor. Arellano lo sabía. *Rafael Lozano, Mensajero de Vanguardias*, publicado en 2018 por la Unidad de Publicaciones de El Colegio de San Luis, es un libro que nos acerca a las obsesiones de su propio autor. Otro libro que resulta indispensable para acercarse a la obra de Luis Alberto es *Fotogramas del ocio Clase B*, un compendio de ensayos, una conversación relajada. En uno de los textos, “Cuerpos dolientes y poesía”, cuenta sobre el taller de creación literaria que dio en el reclusorio estatal de Querétaro. “Cada lunes en ese pasillo me preguntaba si no valía la pena dejarlo y no volver la siguiente vez. Al llegar al último control ya no tenía dudas de si volvería o no. Lo hice durante dos años”.

Dejar la literatura, de tajo y sin mirar atrás, es algo que Arellano se cuestionó varias veces. Lo platicamos. Pero siempre había más razones para no dejar de escribir. Entre esas razones se encontraban los amigos que la misma literatura le proporcionaba. Y son los amigos los que han hecho la invitación para escribir este texto, que espero sirva como aliciente para encontrarse frente a frente con la obra de Luis Alberto Arellano.

**ROCÍO G. BENÍTEZ** (Querétaro, 1982). Es periodista y poeta. Ganadora de la primera edición del Premio Iberoamericano de Poesía “Minerva Margarita Villarreal” (2020) con el libro de poemas *Donde una vez tus ojos ahora crecen orquídeas*. Es autora de *Muina* (Herring Publishers, 2015) y *Entre Darwin y Guadalupe* (Instituto de Cultura del Municipio de Querétaro, 2007).

## Luis Alberto Arellano: no homenaje

Antonio Tamez

Estaba escribiendo la tesis. Eso recuerdo o eso prefiero recordar, y no que estaba procrastinando o buscando videos de Anunakis en YouTube o algo así. Entonces telefoneó Warpola y me dijo que el Gordo había muerto inesperadamente en Querétaro, que esa misma noche lo iban a velar. Yo estaba en Guanajuato y no podía ir, así que apagué todas las luces de la casa y encendí una veladora. Puse *Requiem for my Friend*, de Signew Preisner, un ritual que se ha vuelto necesario en cada nueva partida de un amigo. Precisamente, la última vez que lo había escuchado completo fue poco después de la muerte del Flaco, el otro gran escritor de esta mugrienta ciudad.

Al Gordo lo conocí una noche durante la fiesta de bienvenida de la SOGEM. Todos ya estábamos bastante bebidos. Cuando regresé del baño advertí que un mexicano inmenso estaba haciendo uso de la computadora del director para mirar porno sado. Por entonces yo no sabía ni siquiera quién había sido Salvador Elizondo, ni Thomas Bernhard, ni Haroldo de Campos, ni Ulises Carrión, ni, desde luego, nadie ni nada de lo que más tarde me enteraría en sus talleres. Al advertir mi presencia, mi futuro instructor cerró apresuradamente la página web en la que estaba.

Nomás por encajar, me recliné sobre su respaldo y le dije: “A ver, vuélvela a poner”.

La verdad es que en ese momento nunca se me ocurrió que fuera un profesor, más bien creí que era un *senior* de último semestre con el descaro suficiente para hacer lo que estaba haciendo.

—No —me dijo—, mejor vamos a ver esta colección de *mugs-hots* de estrellas de Hollywood de cuando las arrestaron por coger en la vía pública.

Clicó alguna liga y escroleó por una galería de fotos en blanco y negro de Wynona Ryder, John Cusack, Woody Allen y Nicholas Cage con una lectura de metros en el fondo.

Le dije que iba a servirme un trago y desaparecí.

Gracias al Gordo conocí la cantina de don Amado, cuando todavía estaba en la esquina de Gutiérrez Nájera con 5 de Mayo y la atendía el propio don Amado. Nos llevó a Warpola y a mí después de una de las primeras clases y nos dijo así, sin más: “Miren, ustedes tienen la arrogancia para atreverse a escribir, pero lo que les hace falta es disciplina y muchísimas lecturas”.

En alguna sesión me reveló el significado de la poesía cuando genuinamente se lo pregunté. Lanzó su redonda corpulencia de santo Tomás de Aquino y dibujó un círculo en el pizarrón con la palabra “dios” en su interior y dijo: “La poesía es todo: lo bueno y lo malo, lo feo y lo bonito, lo sublime y lo terrible y acerca de ello escribimos”.

Siempre he agradecido a los maestros exigentes, pero más que perfeccionista, Arellano era un preciosista. Alguna vez escribí que como tallerista era “rudo, implacable y enciclopédico” y que “hacía llorar a los espíritus débiles”. La realidad era más sencilla: simplemente pasaba de tu mierda. No creo que haga falta relatar cuántas veces me desvelaba para llegar hasta la mesa de su taller con cuentos brutalmente geniales que, sin embargo, eran destruidos

sin piedad, evidenciando su pobreza de estilo y su ausencia de propuesta creativa.

Llegué a oírle decir: “De cien páginas que un autor pueda escribir, UNA es buena”.

Yo era joven y muy influenciable, así que durante un rato mantuve su sentencia como un dogma y me empeñaba por aislarme todo lo que podía y quedarme en casa fumando y tecleando a toda velocidad decenas de cuartillas que más tarde no valían nada.

Años después compartí este dogma con un colega y él simplemente preguntó: “¿Quién chingados te dijo eso?”.

Luis Alberto era rudo, sí, pero, a pesar de esto, creo que uno de los aspectos de su personalidad que más atesoramos quienes lo conocimos fue su generosidad. Gracias a una invitación suya publiqué algo por primera vez en mi vida, un cuento berlinauta en el número 0 de la nueva época de *Crótalo*, una revista que Arellano había logrado traer desde los muertos (otro más de sus milagros). Fue el primero en hablar sobre mi escritura y la de mis amigos en una nota titulada “Escenas de un sábado por la noche”, publicada en el *Suplemento Cultural Barroco* del *Diario de Querétaro* como respuesta a la agresión de cierto escritor y en la cual presentaba a una generación de autores que en ese momento teníamos proyectos activos en la ciudad. Para “los neónidas”, Arellano fue nuestro mentor. Accedió a presentar nuestra *plquette* en el bar Aleph de la calle Altamirano, en donde, más allá de halagarnos con sus comentarios, nos retó a cerrar de una vez por todas aquel jueguito y comenzar a buscar nuestra voz personal. También fue gracias a su intervención que me acerqué al trabajo de Athanasius Kircher a través de un libro de grabados que también le había prestado al Flaco y de donde había salido el logotipo de Herring Publishers México.

Además de su generosidad, otra virtud que destaco en el maestro Arellano es su ausencia de pelos en la lengua. Su capacidad para rozar los límites de la confrontación con otros autores, editores y funcionarios, y para utilizar esta tensión a su favor. Me consuela pensar en él cuando se me va la lengua o, mejor dicho, las teclas en las redes sociales; pero la verdad es que yo no tengo ni su arrojo, ni su generosidad, ni su energía para gestionar revoluciones, ni mucho menos su preciosismo como tallerista para pulir a los grupos. Él era un grande en el sentido renacentista, en el sentido jupiteriano de la palabra, quiero decir: el pensador monumental librando batallas intelectuales y lingüísticas contra sus enemigos, resguardado en la atalaya de la Casa del Faldón y redactando bulos en defensa suya y de la poesía.

¿Así era como el Gordo se veía a sí mismo?, ¿como un erudito ecuménico y transdisciplinario?, ¿como un asceta posmoderno y ateo?, ¿acaso hay una línea del tiempo de monjes visionarios que parte desde Francisco Xavier de Santa Gertrudis (el poeta que inventó la leyenda del apóstol Santiago en el cerro del Sangremal) y que eventualmente cruza en su camino por Arana y Arellano (videntes de otros signos en el cielo queretano)?

Mucho alboroto y ofensa causó en su época la nota de Leslie Dolejal en donde este se mofaba de la figura del Gordo y decía algo así como que lo único “glocal” en esta ciudad era la silueta de Arellano caminando por el Centro Histórico. En respuesta, Arellano redactó esa querrela titulada “Escenas de un sábado por la noche”, en donde, tal vez por primera vez, un autor local tenía la humildad y la generosidad de reseñar a la generación que seguía.

Yo creo que Leslie Dolejal dijo entonces algo genial, pero ni él ni nadie más lo entendimos. Desde luego, él no supo cómo expresarlo entonces porque la imagen del Gordo Arellano simplemente

lo rebasaba. Lo mismo le ocurrió a Galileo cuando descubrió las lunas de Júpiter y no supo cómo explicarlo: la Inquisición le obligó a abandonar sus investigaciones y a cerrar su biblioteca. Fue hasta más de cien años después cuando Newton comprobó que Galileo estaba en lo correcto y que las mentes más pequeñas orbitaban en torno a las más grandes.

Debido a las fuerzas internas y externas que operaban en aquel cuerpo que efectivamente se trasladaba por el centro de Querétaro haciendo ciudad, es decir, haciendo literatura a través de una serie de encuentros, lecturas, caminatas, conversaciones y revoluciones, Luis Alberto Arellano constituía en sí mismo un sistema con varios mundos orbitando a su alrededor. Mundos florecientes y mentes sedientas. Algunas alineaciones con estos cuerpos satelitales solían ocurrir en don Amado, el bar Petras, la Colección, la Colección II, Las Escaleras, el Salón Covadonga, el Sacazonapan, Juárez, Monterrey, Ciudad de México, Lisboa, Buenos Aires, Hermes y Berlín.

La última vez que lo vi fue en el bar La Norteña, a un lado del Mercado Hidalgo. Le invité unas chelas como pago a que me hablara sobre *Muerte sin fin*, de José Gorostiza. Él no estaba tomando, pero me aceptó unas limonadas con agua mineral. Yo recién había entrado a la maestría y tenía que exponer el tema para una clase de poesía mexicana del Siglo XX. Puesto que Arellano había escrito su tesis de maestría sobre Gorostiza consideré fundamental acercarme a él. Me contó que Gorostiza había compuesto parte de *Muerte sin fin* mientras era diplomático en Italia. El autor empezaba su turno laboral a las 3.00 a.m. en caso de que Lázaro Cárdenas llamara desde Los Pinos para preguntar por las exportaciones de petróleo. De camino a la embajada, Gorostiza iba componiendo las estrofas de uno de los poemas más oscuros de la mística mexicana. Cada paso

que daba por las callejuelas de Roma iba marcando la cadencia de los versos.

No me dijo mucho más. Me pasó la bibliografía de su tesis y me recomendó leerla. Me pidió que le hablara sobre la maestría que estaba estudiando en Guanajuato. Le dije que mi director de tesis era el famoso Dr. Kurz, quien había dado clases en la SOGEM. Arellano se sonrió recordando aquellos días y me contó que Kurz provenía de una tradición de magísteres vieneses a la que también había pertenecido el propio Thomas Bernhard. Me habló sobre Bernhard. Aproveché para contarme sobre la prohibición legal que impide poner en escena sus obras en Austria, así como el uso de su nombre para cualquier tipo de homenaje; ningún evento cultural, ninguna calle, ningún certamen de poesía, nada. “Solamente para eso les importamos a estos cabrones”, me dijo refiriéndose a los gobiernos en general y a la idea de la cultura. “Les servimos más muertos que vivos, para que puedan hacer una pinche estatua en el parque o para nombrar algún concurso pedorro y darle tres pesos al ganador. Eso es la pinche cultura para estos hijos de la chingada, un adorno. Pero lo que nadie les ha explicado a estos pendejos es que los artistas no son estatuas, son gente de carne y hueso, trabajadores que necesitan cumplir sus necesidades básicas ¿qué pedo, no?”. Hizo una pausa y aprovechó para darle un trago a su limonada. Se refrescó la garganta y continuó: “Porque a huevo, ahí anda uno nomás viendo cómo chingados hacerle para juntar la renta; y el día que uno va a dar al hospital y necesita una cirugía, como Salvador Esquivel, estos cabrones ni se dan por enterados, porque claro, las estatuas no necesitan trasplantes. Por eso yo, como Thomas Bernhardt: a la chingada con sus pinches homenajes. Yo no quiero que le den mi nombre a uno de sus centros culturales para que vaya el secretario a cortar un puto listón azul y luego lo dejen ahí todo abandonado,

sin presupuesto, pero eso sí, bien grandote, inversiones de millones de pesos en la cultura, que no mamen”.

**ANTONIO TAMEZ** (Ciudad de México, 1984). Es licenciado en Historia por la Universidad Autónoma de Querétaro y maestro en Literatura Hispanoamericana por la Universidad de Guanajuato. Es autor de *Bengala* (Herring Publishers, 2011), *El templo de los animales disecados* (Montea, 2017) y *Todo eran historias: cuadernos de viaje* (Universidad de Guanajuato, 2021). Está incluido en las antologías *Neónidas [2006-2008]* (Herring Publishers, 2009) y *Viajes al país del silencio* (Gris Tormenta, 2021). Ha colaborado en diversos medios impresos y digitales, como *Punto de Partida*, *Tres Pies al Gato*, *Jardín Lac* y *Tierra Adentro*.

## Somos tantos bebemos tanto olvidamos tanto

Rafael Volta

### *Los sábados bebo y bebo sin tomar en cuenta la hora, locación ni compañía*

El día que lo conocí no lo dejaron entrar al Zeppelin con una botella de Kraken (cuya etiqueta recuerda a Cthulhu) a medio empezar en la mano. El Kraken es un ron negro que estaba de moda hace algunos años. Una pócima oscura, como el Jägermeister, que en exceso y por su sabor dulce te hace hablar en lenguas. Ese día se presentaba la revista cartonera *Prosvet*. Una publicación vibrante donde varios autores de Querétaro empezamos a publicar. La editora, Elizabeth Haro, dijo que nada más estaban esperando a que el Gordo Arellano llegara para iniciar la presentación.

—¿Y él quién es?

—El mejor poeta de Querétaro —me contestó.

Era 2013. Los únicos videos de aquella lectura están en mi memoria. No supe si escondió la botella en su morral o salió a la calle para tomársela de un jalón.

### *Por eso las estrellas permanecen mudas, porque no saben hablar como nosotros*

Nuestra comunicación por chat siempre fue intermitente. Después de algunos meses sin hablar, ni verlo, me escribió para que le mandara unos poemas a la revista *Metrópolis*. Le mandé dos textos realmente muy malos que, por supuesto, no fueron publicados. No quise preguntar qué le parecieron. Para ese entonces yo comenzaba a organizar las lecturas de “poesía open mic”, y que antes se llamaban “poesía precoz”. Un espacio pensado para que poetas principiantes leyeran sus textos ante un público más con el ánimo de pistear y ver a una banda de rock, que el de escuchar poemas. Nunca invité a Luis a que fuera el anfitrión de la noche. Imaginaba que él leía en otro tipo de eventos, digamos más profesionales. Ahora que lo pienso, seguramente hubiera aceptado ir.

### *Todo comenzó como un domingo cualquiera, habían caído las bombas: no internet, no gobiernos, sólo tribus y astucia*

Pasaron algunos meses y me invitó a participar en un fanzine punk que se llamaba *Adiós al Estado* y que iba en contra de las políticas de la Secretaría de Cultura. Ahora que lo recuerdo, siempre trató de integrarme a su círculo, pero hasta ese momento nuestra relación era más virtual que real. Le daba “me gusta” a sus publicaciones y, sobre todo, le preguntaba de manera privada a quién se refería cuando lanzaba dardos envenenados hacia otros escritores. Siempre me contestaba quién era el verdadero destinatario. Ya saben: el chisme literario es un género adictivo.

### *Hablar con lengua de los pájaros Hablar con lengua de los monos Hablar con lengua de los coatíes*

Después de que me gradué de la Escuela de Escritores de la SOGEM me encontraba perdido sobre todo lo que había escrito en ese par de años que duró el diplomado. Lo único que tenía claro era darle forma a un libro de poemas escrito a mano en un cuaderno y que se llamaba *Enciclopedia empírica*. Y otra vez así, sin pedirlo, me llegó una invitación para integrarme a su taller de poesía que se llamaba Título. Fue un taller totalmente gratuito que se hacía una vez al mes. Acepté sin dudar. No sabía lo que me esperaba.

***... y el castigo corporal es una minucia para quejosos sin vocación de servicio***

Yo sí conocí al Luis Alberto que era un perro como tallerista y crítico literario. Desde la primera sesión, recuerdo que al abrir el archivo lo primero que hizo fue darle un vistazo a toda la estructura del texto. Y después lo leyó en silencio. Quizá sea un recuerdo romantizado lo que voy a decir: tal vez no necesitaba escucharlo en voz alta para saber a qué sonaba. A la manera de Amadeus Mozart, le bastaba leer la partitura para escuchar la música dentro de su mente. Me tocó el turno de leer, y no iba ni a la mitad cuando me dijo que parara, que ya no continuara más porque las palabras chocaban entre sí, que todo era un antirritmo, que las rimas estaban chuecas. En resumen, todo, todo, estaba jodidamente mal. Trágame tierra.

***Busca pensar en blanco Negar todo pensamiento y buscar el tropo sagrado El hálito primigenio La verdad oculta Revelación es el nombre del juego***

Luis Alberto siempre llevaba cosas para compartir en el taller. Una vez llevó una bolsa de mandarinas deliciosas. Si la reunión era en el Maco, invitaba la primera jarra de café. Nos compartía libros, referencias y, sobre todo, su tiempo y conocimiento literarios. Traté de aprender y grabar en mi memoria todos sus comentarios hacia mi escritura. Recuerdo en una ocasión que no solamente cuestionó mis poemas-bebés, sino incluso todo lo que yo era en ese momento: “¿Cuál es tu concepto de belleza? ¿Qué música te gusta? Está muy chafa lo que escuchas. Ya no escribas nada. Ya no leas nada. Vete de viaje. Deja de trabajar en el Zeppelin. Abandona todo para escribir. Deja de copiar a los poetas del pueblo. Compárate con los verdaderamente grandes, con aquellos que han sobrevivido la prueba del tiempo”.

***Sé que esta es la ciudad / he llorado la mañana entre su madriguera antes***

Al terminar la sesión salí entre agüitado y molesto porque me picaron la cresta. No cualquiera aguanta la crítica cara a cara. Me pregunté si todo lo que había escrito durante meses realmente valía la pena. Ni por un momento pensé en abandonar el taller o renunciar a darle forma a mi primer librito de poemas. Al contrario. Sentí que todo eso que me dijo Luis fue para provocarme, para retarme, para saber de qué estaba hecho. Sin duda, los débiles o los sin vocación huirían y huyeron despavoridos. Esa no es mi naturaleza. Aguanté vara. Piqué piedra. Lo que Luis intentaba decirme era que necesitaba trabajar con más rigor, disciplina y reflexión.

***Sé que esta es la ciudad / he leído la provocación en sus ojos antes***

En Querétaro algunos artistas y poetas viven en una tremenda autocomplacencia, se rasgan las vestiduras y rechinan los dientes ante la crítica más simple. Lo que siempre admiré y extraño de Luis fue esa valentía y gusto por la provocación, que hacen de la escena literaria algo más vivo y con más adrenalina. Crítica dura y directa sin ninguna consideración, a pesar de que con ello ciertas “amistades literarias” se vayan perdiendo en el camino.

***Letra invertida como cabeza vacuna  
como poema catalá de tres patas***

Pasaron algunas semanas y quedé de llevar unos bistecs para hacer un asado en un convivio entre poetas. Había comprado ya la carne, pero de último momento decidí no ir. Tontamente pensé que los *rib eye* iban a ser criticados duramente al igual que mis poemas. Después que nos vimos en otra sesión del taller me reclamó por haberle quedado mal. No supe qué decir. En verdad sí que llevaba muy buena carne.

***Mi signo es fuego  
por eso olvido todo de manera inmediata***

No recuerdo exactamente la última vez que nos vimos. Tal vez fue cuando nos quedamos chupando una promo de vickys en El Petras. Siento que nunca me abrí del todo con él. Que pudimos ser mejores amigos. Me platicó que pensaba irse a Ciudad Juárez en busca de un mejor trabajo como profesor, pues allá le ofrecían una planta. Lo noté triste. Le dije, para levantarle el ánimo, que a los buenos poetas la academia siempre los ha tratado mal, que tal vez le hacía falta un premio para que esa “academia” le diera un salario y prestaciones dignas. Ahora que abundan los premios

literarios y que casi todo mundo es un premio nacional de algo, Luis fue un poeta que nunca siguió las normas, costara lo que costara. Pero quién era yo para darle consejos. Luis vivía al día y al cien por ciento de la literatura. Algo que yo no he podido hacer.

***No camine por calles sin iluminación a sus espaldas / la  
oscuridad es premisa de Nadie***

Le invité las cervezas y salimos de El Petras, pues ya iban a cerrar. Me platicó sobre un modelo de gestión cultural cuyos detalles he olvidado y sobre su tesis que estaba a punto de defender para obtener el doctorado en San Luis Potosí. Dimos vuelta en la calle de Guerrero. Yo había dejado mi auto cerca de su departamento. Las banquetas de cantera en Querétaro son angostas y dos poetas de espalda ancha nunca cabrían para caminar lado a lado. No quise ir delante de él ni tampoco detrás. Tuve que bajarme de la banqueta para seguir charlando.

***a la salida de los cortejos fúnebres y sus cadáveres  
de ojos abiertos***

El día de su misa fúnebre el atrio del templo de Santa Rosa de Viterbo era una lloradera. Llegó la carroza y entre varias personas ayudamos a bajar el ataúd para ponerlo sobre la base con ruedas. Nunca había cargado algo tan pesado. No sólo era su cuerpo. Era todo lo que había leído, escrito y pensaba escribir lo que realmente pesaba. El brazo me dolió tres días. El recuerdo de lo que pudo ser nuestra amistad me duele más. Me costaba trabajo creer que debajo de esa tapa estaba mi maestro. Ese que me enseñó a ser crítico, combativo y provocador cueste lo que cueste. Gracias a sus

enseñanzas sigo escribiendo y espero seguir haciéndolo hasta que el cuerpo aguante.

***porque nunca tuve nada  
porque nunca tendré todo  
porque afuera hace frío  
porque no hay nombres para los objetos que hemos perdido  
porque de nada sirve pensarlo en voz alta***

En noviembre de 2020, su hermano Juan Adolfo me agregó a un grupo privado de chat donde nos invitaba a mí y a otros escritores a recoger los libros de Luis Alberto. Me sorprendió haber sido agregado, pensé que otras personas más cercanas a él merecerían quedarse con ese auténtico tesoro: libros, revistas, cuadernos de apuntes y películas. Me llevé como 10 cajas. Todo lo que cupo en mi Chevrolet Matiz. Buena parte del catálogo ahora está disponible en la Sala de Lectura Poe, ubicada en el lobby de Zeppelin Music Factory, donde todavía sigo trabajando. Otra parte está en mi casa. Espero ordenar todo ese material antes de que termine el año para que esté disponible en su totalidad al público en general.

***el tiempo de los muertos abandonados al alcohol  
en las calles  
y avanzo durmiente como la sonrisa de los muertos***

Como sólo los grandes maestros suelen ser, Luis Alberto Arellano fue muy generoso y duro conmigo. Le estoy eternamente agradecido. Sin duda me dio más cosas de lo que yo pude darle en vida. Algún día me encontraré con él en una galaxia muy muy lejana, y beberemos una pócima oscura y burbujeante en el bar del planeta

Tatooine, donde extrañas criaturas y androides de todo el universo se reúnen a leer poemas.

#### **Nota**

Los versos en negritas y cursivas son fragmentos de *Bonzo*, el cual puedes descargar gratuitamente en Poesía Mexa <https://poesiamexa.files.wordpress.com/2016/03/bonzo.pdf>

**RAFAEL VOLTA** (Querétaro, 1977). Autor de *Principia Mathe-Machina* (Poesía), Fondo Editorial de Querétaro (2018); *The Q Horses* (Dramaturgia), Herring Publishers (2018), y de *Neowise, confinamiento y virus. 20 poemas para Instagram Stories* (2020). Funge como mediador en la sala de lectura Edgar Allan Poe, especializada en poesía, ciencia ficción y terror. Organiza noches de Poesía Open Mic en el Zeppelin Music Factory. Sus libros se pueden descargar en [rafaelvolta.hotglue.me](http://rafaelvolta.hotglue.me)

## Dos poemas

Luis Enrique Gutiérrez  
Ortiz Monasterio

### Oración fúnebre por Luis Alberto Arellano

Dios mío.  
Si te ibas a llevar a alguien.  
Por qué no fue a Jaime Chabaud.  
A Enrique Olmos.  
A todos los teatreros expandidos.  
Ahí estaba, al tiro, Tadeus Argüello.  
Y Uriel Bravo.  
La Rox, que está muy flaca.  
El Negro Rendón, que no hace nada.  
A Leslie Dolejal, que es un baboso.  
A mi hermano Gerardo, que es otro gusano.  
Pero te llevaste a mi Gordo, y no lo soporto, porque todos me marcan como si fuera yo la puta viuda.  
Y en el féibuc ya no hablan de la chiva ni de esa que se madrearon en la moto.  
Todos dicen que murió un gran poeta.  
Y pegan algunos de sus versos, los que les parecen convenientes.  
Yo sé que era un poeta.  
Recuerdo que lo hacía, y que lo hacía bien.

Pero no recuerdo ninguno de sus versos.  
Aunque sé que sería un bonito gesto.  
Pegarlos en mi muro.  
Con una carita triste o alguna otra ingeniosa pendejada.  
Pero no.  
Trato de recordarlo como si fuera algo lejano.  
Como si no fuera yo el que ahora está bien muerto.  
Y lo veo riendo.  
Y recuerdo cuando abríamos una cerveza de más con don Amado para nuestro amigo Gonzalo Rojas.  
Pero sus versos no.  
Y su sonido.  
No recuerdo a qué sonaban sus versos, pero sí recuerdo a qué sonaba el Gordo.  
Y todos dicen que dejó un gran hueco.  
Y dejo de llorar un rato y me río.  
Porque pienso que lo dicen sin otra intención.  
Porque es lo que se acostumbra cuando muere alguien valioso.  
Y la gente es muy pendeja.  
Yo creo que tenía muchos amigos, porque todos dicen que murió su amigo el poeta bla bla bla y los otros todos les dan el pésame.  
Y las caritas tristes. Claro. Las putas caritas tristes.  
Que de todos modos no suenan a nada.  
Porque lo que más extraño es su sonido.  
Hasta hoy me doy cuenta de lo ruidoso que era.  
Y sigue sonando el teléfono y les sigo colgando y mi Gordo sigue haciendo ruido.  
De parte del Gordo les quiero decir: váyanse a la verga todos.  
  
Pero no, mejor les cuelgo.

## **Aviso importante para la comunidad, referente a la muerte de un poeta**

El poeta Luis Alberto Arellano murió esta tarde.  
Lo conocí muy poco, pero lo conocí.  
Fuimos juntos a algunas marchas.  
Entramos juntos a uno que otro proyecto ridículo.  
Editamos algunos libros juntos.  
Nos cogimos más de una vez a la misma vieja.  
A veces él primero, a veces yo después.  
Cuando lo conocí él tenía 18, yo 25, como en una historia de amor.  
Algunos de mis gestos, muchas de mis palabras, casi toda mi arrogancia y mi cinismo, los tomé de él.  
Sin que se diera cuenta, claro.  
Y aunque no fuimos muy cercanos, yo siempre presumí que era mi amigo.  
Lo consideraba una parte de mí.  
Pero se fue.  
En este momento pienso que lo hizo para molestarme, no sé ni por qué.  
Eso pienso.  
Siento que se fue una parte de mí.  
Siento que acabo de perder ciento sesenta quilos.  
Mis mejores ciento sesenta quilos.  
Los únicos que valían la pena.

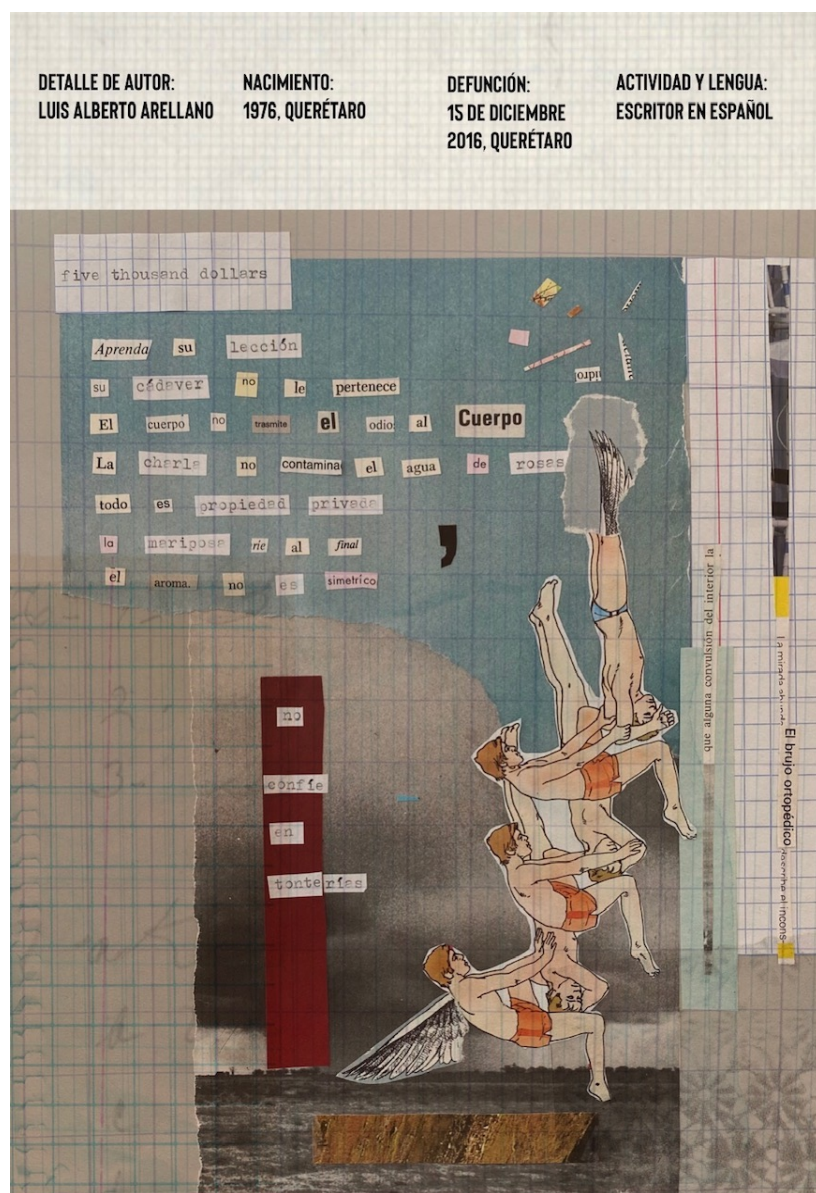
Adiós poeta.  
Acá nos quedamos los legos.

Mi Gordo.

**LUIS ENRIQUE GUTIÉRREZ ORTIZ MONASTERIO** (Guadalajara, 1968). Dramaturgo, mejor conocido como LEGOM. Su obra ha merecido varios reconocimientos, como el Premio de Dramaturgia “Juan Ruiz de Alarcón” 2014, convocado por el CONACULTA y el Estado de Guerrero; el Premio Nacional de Dramaturgia “Manuel Herrera” de Querétaro (2006); y el Fringe First Award, entregado en el Festival de Edimburgo (2005). Entre sus obras se encuentran *Diatriba rústica para faraones muertos* (2000), *Sensacional de maricones* (2005) y *Lampart o de cómo colarse a la historia* (2009).

# Mensajero del mensajero

Anaité Ancira



Por Luis Alberto Arellano sé que mi bisabuelo Rafael Lozano publicó en 1922 en París, en la editorial de Povolosky, un libro completo de haikús escritos en francés, editado en una sola tira de papel doblada en acordeón, y que sólo se sabe de un ejemplar que está en la Biblioteca Nacional de España, en Madrid.

También sé por Luis Alberto que mi bisabuelo entrevistó a Marinetti y conoció a Guillermo de la Torre; que escribió una crónica de cuando conoció a Cazals, dibujante y amigo de Paul Verlaine; que conoció a Tristan Tzara y Francis Picabia cuando eran los capos del dadaísmo; y que entrevistó a Gide, el imposible de encontrar.

Por mi abuela Paz, hija de Rafael, sé que mientras él vivió en París se enamoró profundamente de Germaine (que aparece en las dedicatorias de casi todos sus libros), se casaron y tuvieron un hijo, Ralph. Luego se fueron a vivir a Texas, con los papás de él. Ahí se divorciaron y “mandaron” a Germaine de regreso a París, “nunca se volvió a saber nada de ella”. Ralph se quedó a vivir con sus abuelos e hizo su vida en Estados Unidos. Mientras, Rafael hacía la suya en México con mi bisabuela María.

Por mi abuela también sé que Rafael conoció a María en México, en un recital de poesía en Chapultepec, cuando ella declamaba.

Por una carta que Rafael escribió a mi bisabuela sé que durante un tiempo él se quedó a cargo de su casa y de sus hijos, porque ella estaba internada, por sufrimientos “físicos y morales”. “Procura calmar tus nervios y poner en orden tu mente”, le escribió.

Por la otra hija de Rafael, mi tía Lucero, sé que ella lo buscó durante mucho tiempo, hasta encontrarlo en Caracas, y en una de sus visitas la acompañó su hermano Ralph para pedirle información de Germaine. Pero su papá no le quiso decir nada.

Por mi bisabuelo sé que Luis Alberto tenía un ejemplar del libro de Paul Valéry<sup>1</sup> que Rafael tradujo y publicó en su editorial

<sup>1</sup> *Poesía de Paul Valéry*, Rafael Lozano, Editorial Prisma, 1943.

Prisma, con correcciones autógrafas de Carlos Chávez. Lo sé porque lo leí en un ensayo de Luis Alberto, que encontré poco antes de que muriera. Un día volví a guglear, como muchas veces antes durante años, el nombre de Rafael Lozano, pero esta vez, a diferencia de las otras, me aparecieron varias entradas nuevas, todas de Arellano.<sup>2</sup> Me acuerdo de que fue en septiembre porque acababa de ser mi cumpleaños, y a veces me pasa en mis cumpleaños que me da por mirar hacia atrás, por tratar de entender quién soy o qué chingados hago en esta vida y para qué. Hacía ya un par de años que no buscaba a mi bisabuelo en la red, en realidad no sé por qué lo buscaba, para mí él era sólo “ese señor que escribió algunos poemas y dejó a su familia porque se le antojó irse a Sudamérica”. Ese señor del que nunca me había hablado mi abuela, hasta el día que le dije que me gustaba escribir poemas y muy pálida espetó: “Ese oficio no te va a dejar ser feliz”.

Yo no conocía personalmente a Luis Alberto, lo había leído, nos seguíamos en Twitter, era fácil contactarlo. Pero por absurdo que suene, no sabía cómo empezar la conversación; cada vez que empezaba me sentía ridícula o llegaba alguno de mis hijos a pedirme algo o tenía que hacer-alguna-otra-cosa, y así pasaron los meses. Un día abro Facebook y leo: “Murió el poeta Luis Alberto Arellano, amigo generoso y de sonrisa franca”.

No sé si a Luis Alberto le hubiera interesado saber que Rafael murió el 27 de enero de 1993 en Caracas y que “la promoción de oficiales del ejército general en jefe Juan José Flores” le escribió una esquela en el periódico; o que, además de Ralph,

<sup>2</sup> *Las granadas de Lozano*, Luis Alberto Arellano, *Radiador Magazine*.

*Rafael Lozano: mensajero de vanguardias*, Luis Alberto Arellano, El Colegio de San Luis, 2019.

*La literatura como práctica de las buenas maneras: Rafael Lozano durante la década de 1920*, Luis Alberto Arellano.

tuvo otro hijo, Luis, quien murió muy joven por una enfermedad de la sangre.

Tampoco sé si a Luis Alberto le hubiera parecido curioso saber que una de las bisnietas de Rafael tiene hoy un proyecto editorial independiente, que le gusta la traducción y explora sus formas, que también ha vivido en París en varias temporadas de su vida, como él; o que su hija Lucero, quien todavía vive, hizo libros toda su vida.

O que otra de sus bisnietas es poeta, poco conocida, como él, que su primer hijo también es francomexicano, como su primer hijo. Y que si no fuera por Luis Alberto, tal vez nunca hubiera sabido nada más de su bisabuelo.

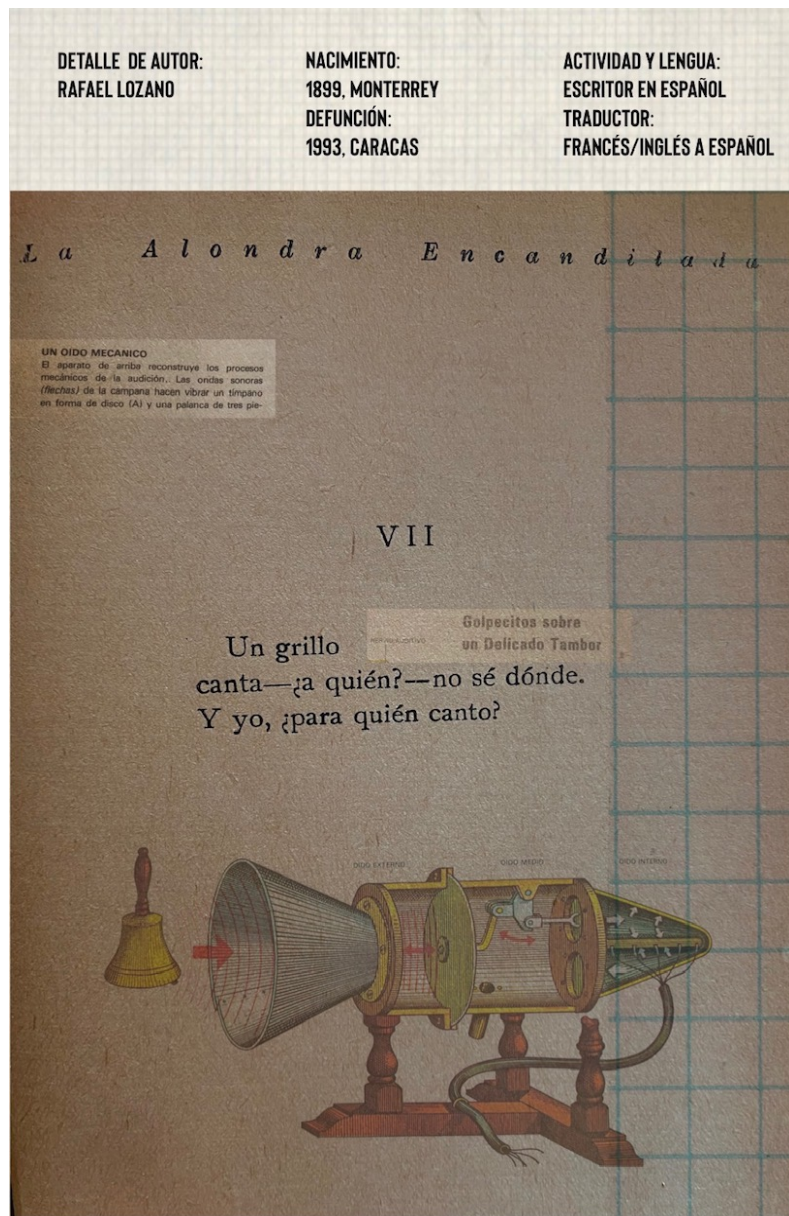
Tampoco sé si le hubiera gustado enterarse de que casi todos en la familia hablamos bajito, como dicen que hablaba Rafael. O que en el recital donde se conocieron él y María, ella declamó: “Tú me quieres blanca”, de Alfonsina Storni.

No sé si en su investigación sobre mi bisabuelo estas cosas hubieran sido importantes. Me hubiera gustado preguntarle.

Carajo, me hubiera encantado conocerlo y darle las gracias.

Octubre de 2021

(el texto es parte del proyecto “Forget me not”  
intervención y reescritura de la obra de Rafael Lozano)



ANAITÉ ANCIRA (Ciudad de México, 1980). Publicó en 2018 el libro *Play; pausa, rec, mute* (Editorial Grupo Rodrigo Porrúa) y en 2019 *Antidiario de un ama de casa* (Ediciones El Humo).

## De un mensajero a otro

Luis Alberto Arellano

Querido David S.J. Hodgson:

No tengo más opciones que escribirte esta carta para agradecerte, de corazón, el haberme arruinado la vida. Te cuento un poco sobre mí. Era, lo veo ahora lejano, un escritor de medio pelo, arruinado, en una ciudad de medio pelo. Tenía un trabajo decente, algunos amigos cercanos, una mujer en mi vida. Ahora no tengo nada de eso, y todo gracias a ti. Fallout New Vegas es la más diabólica arma de destrucción masiva (uno por uno, David, ahí está lo siniestro) que la humanidad ha conocido. Es el instrumento de evasión más perjudicial para la salud, la estabilidad y la continuidad de la especie humana. Y la amo profundamente. Bethesda es la compañía más despiadada y cínica del occidente, por encima de Facebook, Blackwater, Apple y Coca-Cola. Juego tras juego, hora tras hora, nos roban la poca plata que podemos conseguir cuando no estamos frente a la pantalla. Si lo conseguimos gratis, no podemos bajar las extensiones, que siempre son lo más alucinante del mundo. Así que nos tienen, me tienen, a su total merced. Hace un par de meses, en un intento de ponerme sobrio y conservar el único ingreso fijo que tengo en la actualidad, terminando mi doctorado, regalé mi consola. No tengo qué decirte la terrible agonía que he sentido desde entonces. Las noches de insomnio, los sueños asaltados por fragmentos de la historia del mensajero en las rutas del Mojave postapocalíptico. Las pesadillas donde un par

de Deathclaws me emboscaban. La fría alucinación de encontrar a Raúl Alfonso Tejada, el ghoul mexicano (extrabajador de una compañía de petróleos) en la cocina de mi departamento.

No voy a mentirte, David, las cosas han estado oscuras últimamente. Sé que debí ser fiel a mi visión y entregar el control remoto sólo cuando lo quitaran de mis frías y engarrotadas manos de cadáver. O desarrollar un estilo de vida ascético, que permitiera sólo lo mínimo (mi consola y yo). Pero fui débil, he tenido que sobrevivir. No hay punto medio entre Fallout y yo. He tenido separaciones con menos visitas al hospital, trastornos del sueño y de la alimentación, agotamiento físico y mental.

Lo realmente demoníaco es que supe que estás trabajando en un Fallout 4. Que te encuentras escribiendo la historia que luego será modelada y animada para las nuevas generaciones. Por favor, detente. Algo que me ayudó a soportar estos meses es el hecho de que terminé la historia incontables veces, y que pude recorrer, al menos una vez cada una, todas las misiones adicionales. Si amplías el universo Fallout me veré en un problema mayor. La sola idea de que existan zonas nuevas del conflicto moral en que envuelves la historia, y que esas zonas sean desconocidas para mí, me produce un dolor en el pecho que se mezcla con la emoción de la más tierna infancia ante la llegada de los Reyes Magos. Soy un hombre adulto, David. Tengo un hijo de casi la edad legal para jugar tu juego. No puedo solamente abandonarlo todo y renunciar a la vida para mezclarme alternadamente con todas las variantes de la saga. Sólo te pido una cosa: lanza el juego después de 2015, cuando tenga entregada mi tesis. Que el dolor que siento ahora no sea en vano y pueda sobrevivir a mi doctorado.

Lo que me consuela es la perspectiva de que no puedas realizarlo. Que no puedas conservar la tensión y las líneas de divergencia entre la historia central que arma el universo

propuesto y la historia personal que podemos desarrollar como jugadores. Esa ha sido la genialidad de Fallout, las perspectivas casi nunca entran en conflicto. O cuando lo hacen, es parte de la misma historia central. Sé que eso es un logro mayor. No menos que los detalles: las historias profundamente humanas de los Supermutants en la montaña; la venganza como leitmotiv y como herramienta en toda la historia; la esperanza de una sección sobreviviente de Enclave, en los graciosos pitidos de Ed; la fiebre caníbal de la White Globe Society. Esos logros los veo difícil de superar. Tienes que reconocerlo, David, Fallout New Vegas es tu Capilla Sixtina, tu Revolver; tu Breaking Bad, tu The Shining, tu Confederacy of dunces. Creo que es la hora de decir basta, David. Retírate ahora que estás en la cima. Deja al público rabiando por más. No seas ambicioso ni altanero, David. No nos crees falsas expectativas. No juegues con nuestros sentimientos. Fallout 4 debe tener al menos el mismo nivel de intriga, de sensación de poder, de dilemas morales y de consecuencias desastrosas pero recuperables que tiene New Vegas. No juegues con nosotros, David, no somos tontos. O no demasiado. Y amamos New Vegas. Conocemos cada rincón de ese desierto. Hemos padecido, casi muerto de sed y hambre; hemos amado; hemos asesinado; hemos sobrevivido ahí. Conocemos qué bóveda almacena mutaciones vegetales en formas humanoides que se reproducen por esporas. Conocemos en qué rincón radioactivo se esconden armas portentosas. Conocemos qué tiro de mina es la guarida de los Nightstalkers y cómo debemos combatirlos. Conocemos en qué túnel del metro habitan los Ghouls temibles y en cuál no. Conocemos el paraje donde cayó una nave extraterrestre y el paraje donde se encuentra aterrizando. Conocemos qué se esconde en la boca de un tiranosaurio gigante de metal apuntando a un cruce de caminos. Conocemos qué clase de pervertidos querrían a una Ghoul campirana como pasatiempo

nocturno. Hemos traficado, vendido drogas, reciclado armas, matado inocentes, salvado niños, auxiliado a los crucificados de la Legión, sobrevivido al envenenamiento radioactivo, a la abstinencia de drogas que ni siquiera pueden ser descritas. Hemos recorrido una y otra vez el mismo camino, matado a los mismos escorpiones y hormigas gigantes que lanzan fuego; hemos asesinado por corcholatas de colección; hemos probado a robots que tienen un chip de acompañante sexual; se nos ha engañado; hemos engañado; se nos ha intentado matar sin razón alguna, hemos devuelto el golpe. Estuvimos en batallas gloriosas, derrotamos a enemigos imposibles. Vimos la crueldad en los ojos del Caesar, y la indolencia en los ojos de la ncr. Conocimos la benevolencia y la furia de Mr. House. Tenemos cicatrices que gritan nombres propios. No trates de reciclar viejas historias venidas de versiones anteriores, te descubriremos tratando de potabilizar el agua de New New Hampshire, por ejemplo. O si aparece un robot gigante combatiendo un Supermutant descomunal, nos miraremos con asombro y furia. No intentes si no puedes, David. Somos duros, somos sobrevivientes. Hemos atravesado un desierto postapocalíptico lleno de criaturas indomables. Y aquí estamos. Me gustaría transmitirte que confiamos en ti. Pero no lo des por sentado. No queremos ser decepcionados, no vale la pena. Muchos no sobreviviríamos. Mi vida social se reduce a comentar Fallout con aquellos que lo han jugado. El resto del tiempo no tengo nada que decirle a nadie. Si nos fallas, enmudeceré por completo. Escribiré todo el tiempo cartas hostiles a Bethesda. Organizaré boicots descomunales, y luego entraré en una espiral de depresión y abandono. No nos falles, querido David. Porque si nos decepcionas, recuerda siempre: sé dónde vives.

*Five Years. Homenaje a Luis Alberto Arellano* es una publicación especial (colección Pasavante) de *Grafógrafxs*, editada por la Universidad Autónoma del Estado de México, Instituto Literario 100 ote., Colonia Centro, Toluca, Estado de México, C.P. 50000, grafografxs.uaemex. mx, grafografxs@uaemex. mx. Editor responsable: Sergio Ernesto Ríos Martínez, Secretaría de Difusión Cultural, Reserva de Derechos al Uso Exclusivo núm. 04-2019-060610350100-203, ISSN: en trámite, ambos otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor. Secretaría de Difusión Cultural, Edificio UAEMITAS, Leona Vicario, No. 201, 3er piso, Barrio de Santa Clara, C.P. 50090, Toluca, Estado de México, Tel. (722) 481 1800.

Las opiniones expresadas por los autores no necesariamente reflejan la postura del editor de la publicación. Se autoriza la reproducción total o parcial del contenido aquí publicado sin fines de lucro, siempre y cuando no se modifique, se cite la fuente completa y su dirección electrónica.

Hecho en México, Universidad Autónoma del Estado de México (UAEM), todos los derechos reservados 2021.

Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional.

Esta obra fue puesta en línea con la actualización del vol. 3, núm. 4, de *Grafógrafxs*, octubre-diciembre de 2021.

SIENTO QUE ACABO DE PERDER CIENTO SESENTA QUILOS.  
MIS MEJORES CIENTO SESENTA QUILOS.  
LOS ÚNICOS QUE VALÍAN LA PENA.  
ADIÓS POETA.

LECOM



Universidad Autónoma  
del Estado de México

**grafógrafxs**